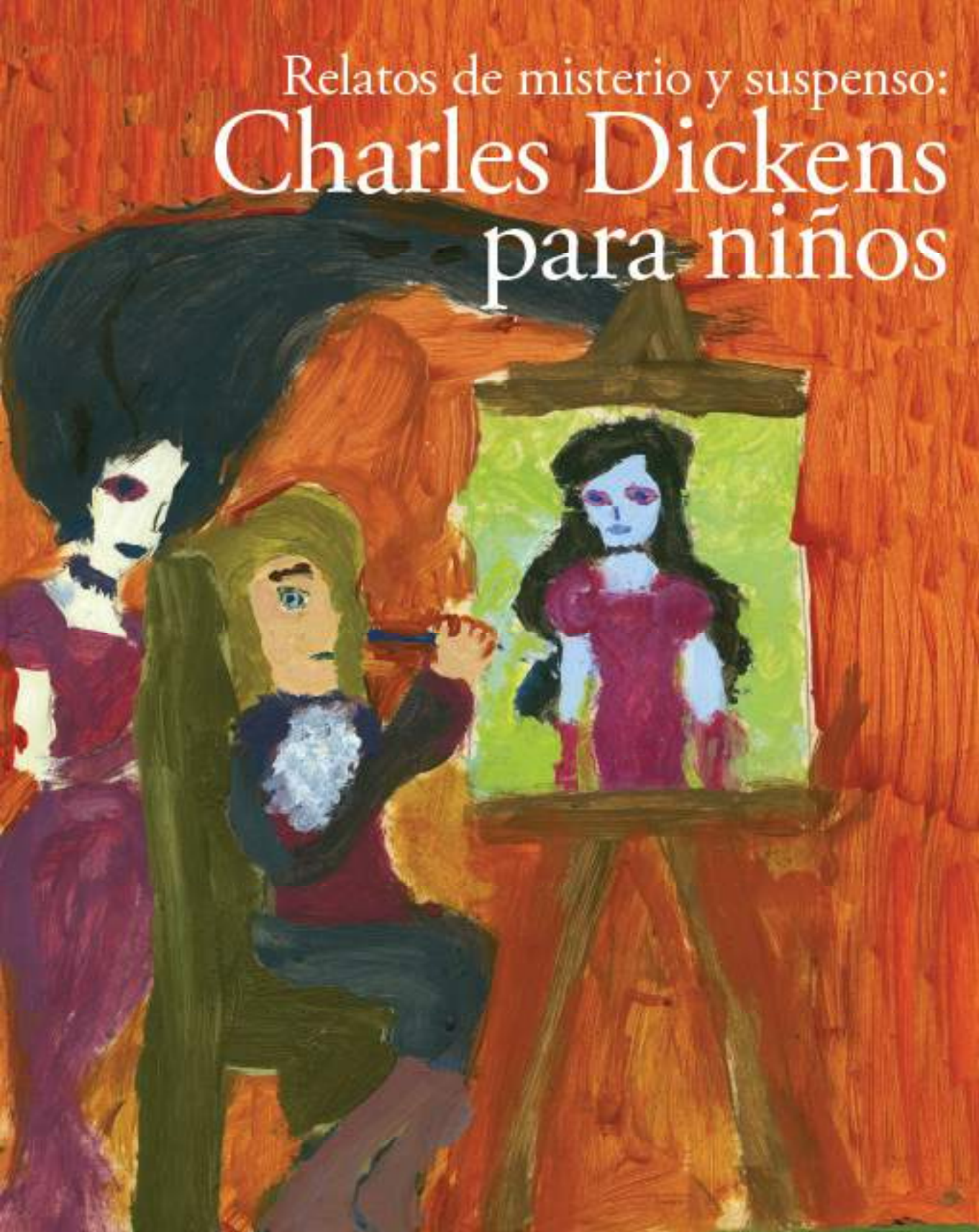
Relatos de misterio y suspenso:

Charles Dickens para niños



COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDUARDO CONTRERAS, 10 AÑOS,
DELEGACIÓN MIGUEL HIDALGO, D.F.

RIGGEL MONTAÑO LAZO, 9 AÑOS, OAXACA

Relatos de misterio y suspenso: Charles Dickens para niños

REYNALDO JAIR OLIVARES ESCUDERO, 11 AÑOS, VERACRUZ

COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ITZEL DONAJÍ PÉREZ GARCÍA, 12 AÑOS, TABASCO

Relatos de misterio y suspenso:

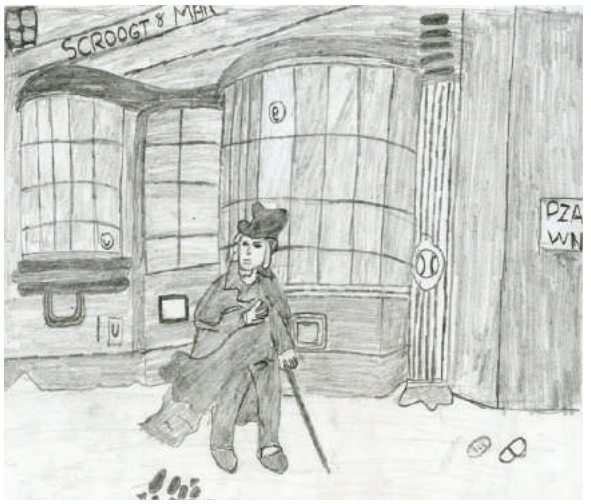
Charles Dickens

para niños

Edición conmemorativa
por el bicentenario natal de Charles Dickens

GOBIERNO FEDERAL
CONACULTA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

AARÓN ISRAEL ARANDA ISLAS, 8 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.



MANOLO IZQUIERDO CASTILLO, 12 AÑOS, TABASCO

Relatos de misterio y suspenso: Charles Dickens para niños

Primera edición, 2012

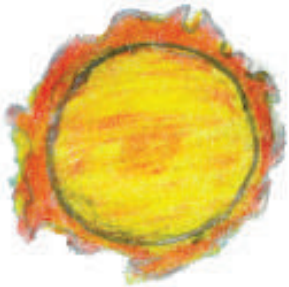
D.R. ©2012

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Bibliotecas
Tolsá núm. 6, Centro, C.P. 06040, México, D.F.

ISBN: 978-607-516-197-6

Impreso y hecho en México.

Edición no lucrativa para su distribución en las bibliotecas públicas de la Red Nacional.



CÉSAR RAMOS CRUZ, 12 AÑOS, OAXACA

Índice

Presentación *8*

Historias de fantasmas

Primera historia *11*

Segunda historia *23*

Tercera historia *29*

Cuarta historia *35*

La historia de los duendes que secuestraron a un enterrador *47*

El velo negro *69*

El juicio por asesinato *87*

El letrado y el fantasma *103*

Semblanza de Charles Dickens *109*

Identificación de imágenes *110*

FÁTIMA RUANO MANCINES, 6 AÑOS, DELEGACIÓN CUAUHTÉMOC, D.F.

SAMUEL VÁZQUEZ DE JESÚS, 6 AÑOS, DELEGACIÓN ÁLVARO OBREGÓN, D.F.

SAMANTA BECERRIL LÓPEZ, 5 AÑOS, DELEGACIÓN ÁLVARO OBREGÓN, D.F.

Presentación

Destinado a la formación de nuevos públicos y como una manera de promover la lectura con una visión fresca y vinculada a otras expresiones artísticas, la Dirección General de Bibliotecas ha convocado desde hace una década a un concurso de dibujo infantil que este año, bajo el título *Relatos de misterio y suspenso*, estuvo dedicado al escritor inglés Charles Dickens con motivo de su bicentenario natal. Autor de títulos como *Canción de Navidad, Oliver Twist* y *El guardavía*, que se han convertido en clásicos de la narrativa infantil e incluso de la cinematografía mundial, Dickens es uno de los escritores más conocidos de la literatura universal cuyas obras continúan vigentes para beneplácito de los pequeños lectores.

Así, con el propósito de difundir este legado literario y acercar a los niños a textos interesantes, divertidos y de calidad, en las bibliotecas públicas de la Red Nacional se realizaron talleres de lectura basados en un conjunto de cuentos de Dickens, que tuvieron como hilo conductor historias con situaciones y personajes sobrenaturales además de ambientes de misterio, que los niños después de leerlas representaron a través de la creación de obra gráfica y plástica.

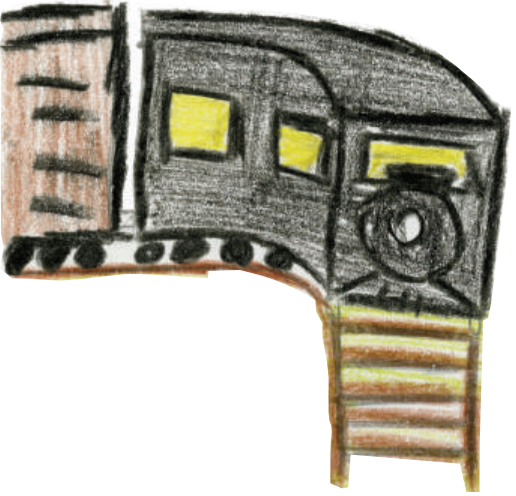
Como resultado de este certamen se publica este libro en la Colección Biblioteca Infantil de la Dirección General de Bibliotecas del Conaculta, el cual incluye los cuentos de Dickens ilustrados por 110 dibujos de igual número de niños de 5 a 12 años de edad, seleccionados entre los cerca de mil quinientos trabajos recibidos, provenientes de 24 entidades del país: Aguascalientes, Baja Califor-

MARÍA ANDREA SOLANO OLVERA, 10 AÑOS, COLIMA

nia, Baja California Sur, Chiapas, Chihuahua, Colima, Durango, Estado de México, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa, Tabasco, Veracruz, Yucatán, Zacatecas y la ciudad de México.

El volumen *Relatos de misterio y suspenso: Charles Dickens para niños*, que se distribuirá en todas las bibliotecas públicas de la Red Nacional, se suma a otros títulos que conforman la Colección Biblioteca Infantil, los cuales han acercado a los pequeños lectores a la obra de Víctor Hugo, José Martí, Julio Verne, Hans Christian Andersen, Gabriela Mistral, Mark Twain, y los mexicanos Andrés Henestrosa, Eduardo Lizalde y José Emilio Pacheco, entre otros autores.

ÓSCAR MARIANO FRANCO NUÑO, 12 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO



ARACELI JUDITH JIMÉNEZ FLORES, 11 AÑOS, DELEGACIÓN TLALPAN, D.F.

Historias de fantasmas

Primera historia

Hace unos pocos años, un reconocido artista inglés recibió el encargo por parte de una tal Lady F de pintar un retrato de su marido. Se acordó que el encargo se realizaría en la mansión de F Hall, en el campo, pues los compromisos del pintor eran demasiados como para permitirle dar comienzo a un nuevo trabajo hasta que hubiese terminado la temporada en Londres.

Como quiera que él se hallase en términos de estrecha amistad con sus patrocinadores, el arreglo fue satisfactorio para todas las partes, y el 13 de septiembre el artista partió con buen ánimo para realizar su encargo.

Tomó, pues, el tren con destino a la estación más próxima a F Hall, y cuando entró en su vagón se dio cuenta de que viajaría solo. En cualquier caso, su soledad no se vio prolongada mucho tiempo. En la primera parada después de Londres, subió al vagón una joven dama que se sentó en la esquina opuesta a él. Tenía un aspecto delicado, con una sorprendente mezcla de dulzura y de tristeza en su semblante, algo que un hombre observador y sensible como él no podía pasar por alto. Durante un rato ninguno de los dos abrió la boca. Sin embargo, una vez fue avanzando el recorrido, el caballero se decidió a deslizar los habituales comentarios que se suelen hacer en tales circunstancias, acerca del tiempo o del paisaje; así, una vez roto el hielo, finalmente entraron en conversación. Hablaron de pintura, cómo no. El artista se hallaba bastante sorprendido por los conocimientos que ella parecía tener sobre su obra y sobre él mismo. Estaba bastante seguro, sin embargo, de no haber visto nunca

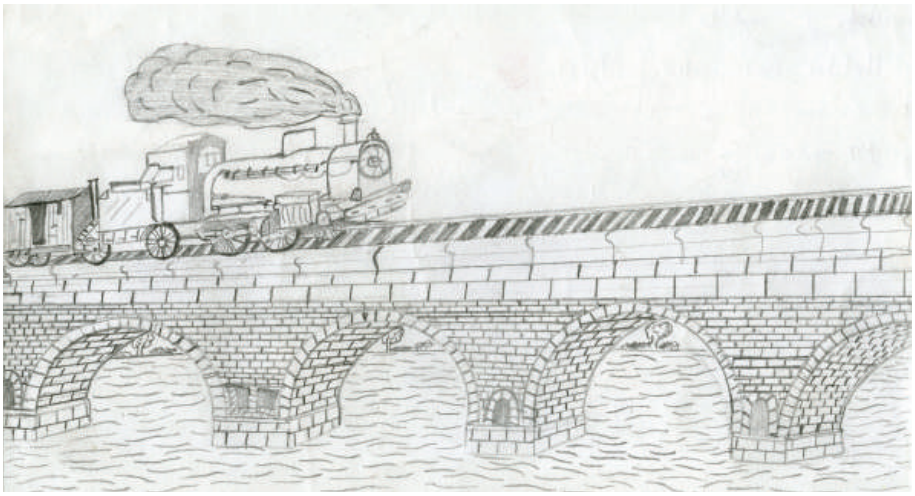
HERIBERTO LÓPEZ LÓPEZ, 10 AÑOS, GUANAJUATO

antes a aquella mujer. Su sorpresa no disminuyó en absoluto cuando, de pronto, ella le preguntó si sería capaz de pintar, de memoria, el retrato de una persona a la que sólo hubiese visto una vez, o a lo sumo dos. Él dudaba qué responder cuando ella añadió:

—¿Cree usted, por ejemplo, que podría pintarme de memoria?

Él replicó que no estaba seguro del todo, aunque quizás podría hacerlo si se lo proponía.

ANGÉLICA ATIENZO ESCOBOSA, 11 AÑOS, BAJA CALIFORNIA SUR



HELDER BERNARDO PADILLA, 11 AÑOS, OAXACA

—Bien —dijo ella—, pues fíjese en mí. Tal vez así se haga una idea de mi aspecto.

Él atendió aquella extraña petición y ella entonces preguntó con impaciencia:

—Y bien, ¿cree que sería capaz de hacerlo?

—Creo que sí —respondió él—, aunque no podría asegurarlo.

En ese momento el tren se detuvo. La joven se levantó de su asiento, sonrió de forma enigmática al pintor y se despidió de él, añadiendo mientras salía del vagón:

—Espero que volvamos a encontrarnos pronto.

El tren partió traqueteando, y Mr. H —el artista— quedó sumido en sus reflexiones.

Llegó a su destino a la hora prevista y comprobó que el carruaje de Lady F ya estaba allí para recogerle. Tras un agradable recorrido, llegó a su lugar de destino, sito en uno de los condados aledaños a Londres, y fue depositado frente a la puerta principal de la casa, en donde sus anfitriones le aguardaban para recibirle. Una vez intercambiados los amables saludos de rigor, el pintor fue conducido a su habitación, pues estaba ya próxima la hora de la cena.

MÓNICA LAZALDE HERNÁNDEZ, 9 AÑOS, BIBLIOTECA VASCONCELOS, D.F.

Tras completar su aseo, bajó a la sala de estar. Mr. H quedó gratamente sorprendido al ver, sentada en una butaca otomana, a su joven compañera de trayecto en el vagón del tren. Ella le saludó con una sonrisa y él la correspondió con una inclinación de reconocimiento. Se sentaron juntos durante la cena, y ella se dirigió a él en dos o tres ocasiones, interviniendo en la conversación general, sintiéndose a sus anchas. Mr. H no tuvo duda alguna de que se trataba de una amiga íntima de su anfitriona. La velada transcurrió de la forma más agradable. La conversación giró en torno a las bellas artes en general y, durante un rato, sobre la pintura en particular. Sus anfitriones suplicaron a Mr. H que les mostrase algunos de los bocetos que había traído consigo desde Londres. El artista los sacó al momento, y la joven mostró un despierto interés por ellos.

Ya era tarde cuando la reunión se disolvió y sus miembros se retiraron a sus respectivos aposentos.

Al día siguiente, temprano, Mr. H se vio tentado por la soleada mañana a abandonar su dormitorio y dar un paseo por los jardines. La sala de estar daba hacia el jardín; preguntó a un criado que se hallaba ocupado organizando el mobiliario, si la joven dama ya había bajado.

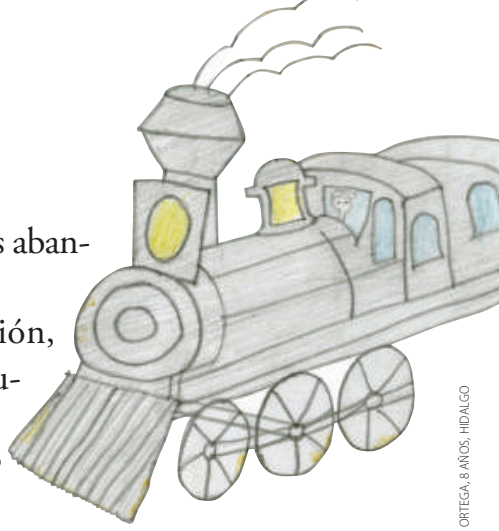
—¿Qué dama, señor? —preguntó sorprendido el hombre.

—La joven que cenó aquí anoche.

—Ninguna joven cenó aquí anoche, señor —respondió el hombre mirándole fijamente.

El pintor no añadió nada más, pensando para sí que el criado debía ser bastante tonto o bien que

PAULA GUTIÉRREZ CONTRERAS, 8 AÑOS, DELEGACIÓN COYOACÁN, D.F.



MARIO ADRIÁN ORTEGA, 8 AÑOS, HIDALGO

debía tener muy mala memoria. Por tanto, tras abandonar el lugar, se adentró paseando en el jardín.

De regreso a la casa se topó con su anfitrión, con el que intercambió las acostumbradas salutaciones matutinas.

—¿Se ha marchado su rubia y joven amiga? —apuntó el artista.

—¿Qué joven amiga? —inquirió el dueño del caserón.

—Esa joven que cenó aquí anoche con nosotros —respondió Mr. H.

—No logro adivinar a quién se refiere —replicó el caballero, bastante sorprendido.

—¿No hubo una joven dama que cenó y pasó la velada aquí ayer con nosotros? —insistió Mr. H, desconcertado.

—Pues no —respondió su anfitrión—. Desde luego que no. A la mesa no había nadie más que usted, mi esposa y yo mismo.

Después de aquello, no volvió a tratarse el asunto, si bien nuestro artista se resistía a creer que se trataba de alguna ilusión. Si todo aquello había sido un sueño, ciertamente constaba de dos partes. Estaba tan seguro de que aquella dama había sido su acompañante en el vagón, como de que había estado sentada junto a él durante toda la cena. En cualquier caso, todos en la mansión, salvo él, parecían desconocer su existencia.

YHANNIH YHOALIBETH HERNÁNDEZ ESTEBAN, 8 AÑOS, TABASCO

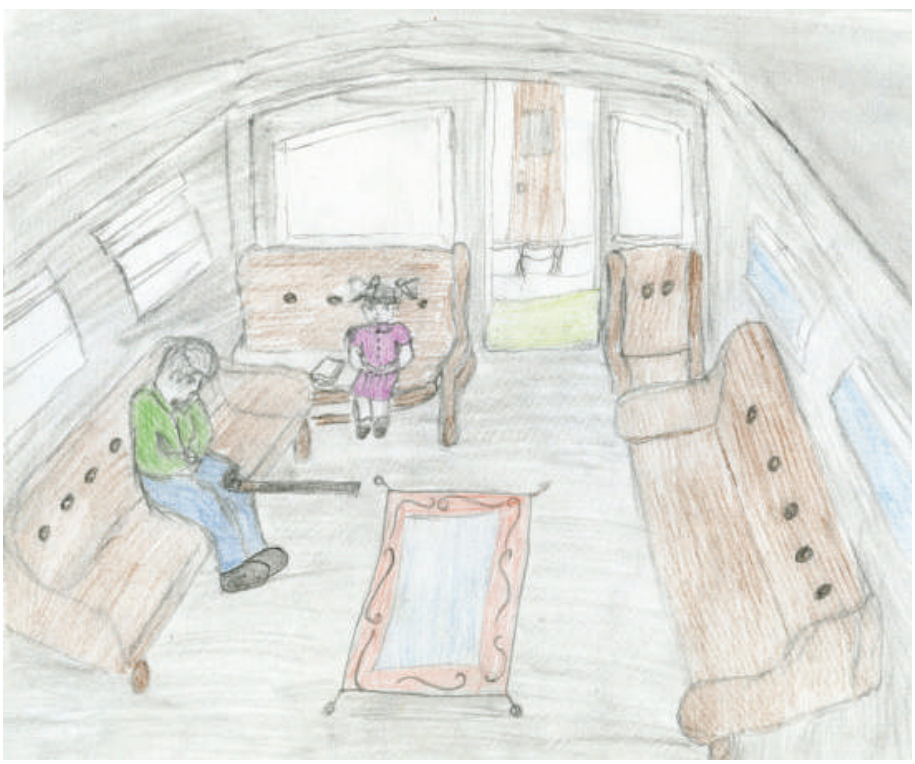
Finalizó el retrato que le había sido encargado y volvió de nuevo a Londres.

Durante dos años continuó con su trabajo, esforzándose y acrecentando con ello su reputación. No obstante, durante todo aquel tiempo, no olvidó ni una sola de las facciones de su pálida compañera de viaje. No contaba con pista alguna que le ayudase a desvelar su origen, o siquiera su identidad. Pensaba a menudo en ella, pero no le habló a nadie del asunto. Había algún misterio en aquello que le imponía guardar silencio. Se trataba de algo extraño, disparatado, totalmente inenarrable.

Y ocurrió que Mr. H acudió a Canterbury por negocios. Un viejo amigo suyo —a quien llamaremos Mr. Wylde— residía en aquella ciudad. Estando Mr. H deseoso de verle, y puesto que contaba con escasas horas para su visita, le escribió una nota tan pronto como llegó al hotel, rogando a Mr. Wylde que se reuniese allí con él. A la hora fijada, se abrió la puerta de su habitación y le fue anunciada la visita de Mr. Wylde. Cuando lo vio, al artista le resultó un completo desconocido, y el encuentro entre ambos fue un tanto embarazoso. Daba la impresión, según lo expuesto, de que su amigo había dejado Canterbury hacía algún tiempo, y de que el caballero que ahora se encontraba cara a cara frente a él era otro Mr. Wylde, a quien habían entregado la nota destinada para el ausente, y que había acudido a la cita pensando que se trataba de algún asunto de negocios.

MIGUEL CARMONA CORTÉS, 7 AÑOS, DELEGACIÓN TLALPAN, D.F.

AMEYALLI HERNÁNDEZ BADILLO, 11 AÑOS, BIBLIOTECA VASCONCELOS, D.F.



ARELI YAZMÍN ANDRADE SANDOVAL, 11 AÑOS, SAN LUIS POTOSÍ

CARLOS JACOBO ELNECAVÉ HERMOSILLO, 11 AÑOS, CHIAPAS

JAVIER DE JESÚS NAVARRETE SAGASTE, 10 AÑOS, SINALOA

CARLOS ORLANDO OCHOA MÁRQUEZ, 11 AÑOS, CHIHUAHUA

La frialdad de la sorpresa inicial se disipó y los dos caballeros entablaron una conversación algo más cordial, puesto que Mr. H mencionó su nombre y éste no era del todo desconocido para su visitante. Tras haber conversado durante un breve lapso, Mr. Wylde preguntó al artista si alguna vez había pintado, o si sería capaz de hacerlo, un retrato basado en una mera descripción. Mr. H respondió que nunca había hecho tal cosa.

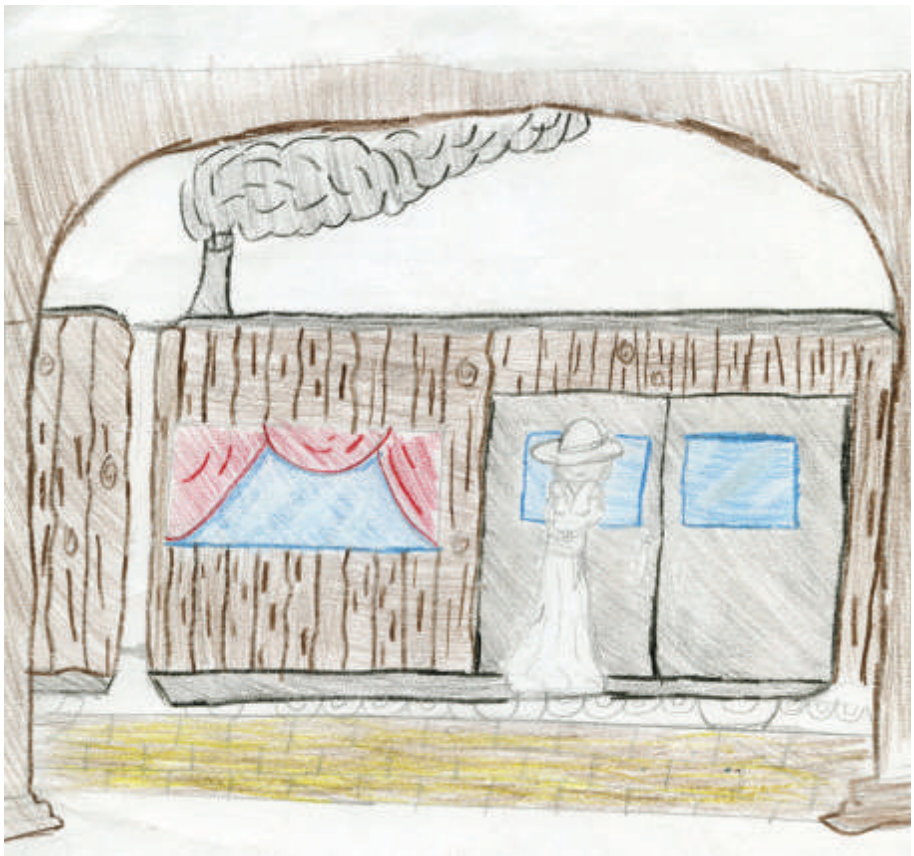
—Le hago esta extraña pregunta —dijo Mr. Wylde— porque, hará unos dos años, perdí a mi querida hija. Era hija única y yo la quería de todo corazón. Su pérdida supuso un gran sufrimiento para mí, y lamento profundamente no tener ningún recuerdo suyo. Usted es un hombre de probado genio. Si pudiese pintarme un retrato de mi niñita, le estaría de lo más agradecido.

Entonces, Mr. Wylde describió los rasgos y el aspecto de su hija, y el color de sus ojos y de su cabello, e intentó darle una idea de la

expresión de su rostro. Mr. H, escuchando atentamente y compadeciéndose de su dolor, realizó un apunte. No tenía ni idea de su apariencia, aunque tenía la esperanza de que el afligido padre lo tuviese en cuenta, pero éste sacudió la cabeza al ver el boceto, y dijo:

—No, no se le parece nada.

El artista volvió a intentarlo y de nuevo fracasó. Los rasgos estaban bien, pero la expresión no era la suya, y el padre desistió, agradeciendo a Mr. H sus esfuerzos, aunque desesperando de cualquier resultado positivo. Súbitamente, un pensamiento sacudió al pintor; tomó otra hoja de papel, hizo un rápido y vigoroso bosquejo y se lo alargó a su acompañante. Al momento la cara del padre se



CARLOS AGUILLÓN ADAME, 11 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

iluminó con una brillante mirada de reconocimiento, al tiempo que exclamaba:

—¡Es ella! ¡Es seguro que debe de haber visto usted a mi hija, o jamás habría podido alcanzar un parecido tan asombroso!

—¿Cuándo falleció su hija? —preguntó el pintor, presa de la agitación.

—Hará dos años, el 13 de septiembre. Murió al atardecer, tras una breve enfermedad.

Mr. H consideró el asunto, pero no hizo mención alguna de sus cavilaciones. La imagen de aquel pálido rostro se había grabado profundamente en su memoria; ahora se cumplían las extrañas y proféticas palabras que ella había pronunciado tanto tiempo antes.

Unas pocas semanas después, habiendo terminado un bello retrato de cuerpo entero de la dama, se lo envió a su padre, y todos cuantos lo vieron declararon que el parecido era exacto.

KAROLINE ESTEFANÍA ZÁRATE DELVAL, 10 AÑOS, BAJA CALIFORNIA SUR

SARA NAOMI ESCALONA MARTÍNEZ, 9 AÑOS, CHIAPAS

Segunda historia

Entre las amistades de mi familia se contaba una joven dama suiza quien, con tan sólo un hermano, se quedó huérfana durante su infancia. Ella y su hermano fueron criados por una tía; y los niños, que tuvieron que apoyarse mutuamente, crecieron muy unidos entre sí. A la edad de veintidós años, el hermano se vio obligado a partir hacia la India, y vio que se acercaba el terrible día en que habría de separarse de la joven. No es necesario describir aquí la agonía por la que pasan las personas bajo tales circunstancias, pero la forma que buscaron estos dos hermanos para mitigar la angustia de la separación fue del todo singular. Acordaron que si cualquiera de ellos fallecía antes del regreso del joven, el que hubiera muerto habría de aparecérsele al otro.

El joven partió y, entretanto, su hermana se casó con un caballero escocés, abandonó su casa, pasando a ser la alegría y la inspiración del hogar de su marido. Resultó ser una esposa devota, que nunca olvidó a su hermano. Solían intercambiar correspondencia con cierta regularidad, y los días en que ella recibía cartas desde la India eran los más felices del año.

MICHELLE ADIMARIS RAMÍREZ TREJO, 7 AÑOS, DELEGACIÓN CUAUHTÉMOC, D.F.

IRMA ANAYA, 9 AÑOS, SINALOA

Un frío día de invierno, transcurridos dos o tres años desde su matrimonio, estaba ella sentada haciendo sus labores junto a un animado fuego en su propio dormitorio, situado en la planta superior de la casa. Se hallaba muy atareada cuando un extraño impulso la hizo levantar la cabeza y mirar a su alrededor. La puerta se encontraba ligeramente abierta y, junto a la gran cama antigua, había una figura que, en un rápido vistazo, ella reconoció como la de su

KARLA VALERIA ORNELAS PÉREZ, 11 AÑOS, VERACRUZ

hermano. Con un grito de emoción se puso en pie y corrió hacia él exclamando:

—¡Oh, Henry! ¿Cómo has podido darme esta sorpresa? ¡No me dijiste que ibas a venir!

Pero él hizo un gesto con la mano, tristemente, como prohibiéndola acercarse, y ella se paró en seco. Él se le acercó unos pasos y dijo con una voz suave y profunda:

—¿Recuerdas nuestro pacto? He venido para cumplirlo.

Y acercándose más a ella la tomó por la muñeca. Su mano estaba fría como el hielo, y su tacto provocó en ella un escalofrío. Su her-

HANNIEL ELIEZER REYES MARTÍNEZ, 9 AÑOS, OAXACA

MIRIAN YANEXI MORENO PEÑA, 8 AÑOS, COLIMA

ÁNGEL IVÁN MENA ROMERO, 10 AÑOS, YUCATÁN

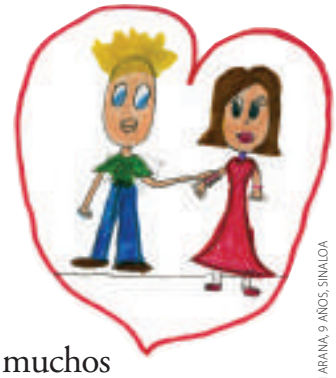
mano sonrió, con una sonrisa apagada y triste; hizo un gesto de despedida con la mano, dio media vuelta y abandonó la habitación.

Cuando ella se hubo recuperado de un largo desvanecimiento, se dio cuenta de que en su muñeca había una marca; ya no desaparecería nunca. El siguiente correo que llegó de la Inda traía un despacho en el que se le informaba del fallecimiento de su hermano; había sido aquel mismo día y a la misma hora en que él se le había aparecido en el dormitorio.

SAMUEL ALEJANDRO JUÁREZ CAMPOS, 11 AÑOS, DURANGO

CRISTIAN HACKLEEN ESCÁRCEGA, 11 AÑOS, CHIHUAHUA

MONSERRAT GUADALUPE CORTEZ PALOMO, 11 AÑOS, SAN LUIS POTOSÍ



FABIOLA ARAGÓN ARANA, 9 AÑOS, SINALOA

Tercera historia

A orillas de las aguas del estuario del Forth vivía, hace ya muchos años, una familia de antigua raigambre en el reino de Fife. Se trataba de unos jacobitas, francos y hospitalarios. La familia estaba formada por el hacendado o terrateniente —un hombre de edad avanzada—, su esposa, tres hijos varones y cuatro hijas. Los hijos fueron enviados a ver mundo, aunque no a prestar servicios a la familia reinante. Las hijas eran todas jóvenes y estaban solteras. La mayor de ellas y la más joven se hallaban estrechamente unidas entre sí. Compartían el dormitorio y el lecho, y no había secretos entre ambas. Sucedió que entre aquellos que visitaban la vieja mansión, llegó un joven oficial de la marina, cuyo bergantín[1] de guerra

ANA GUADALUPE CARRILLO RODRÍGUEZ, 6 AÑOS, COLIMA

[1] Barco de dos mástiles y velas cuadradas o redondas.

RUBÍ SEGOVIANO GODÍNEZ, 11 AÑOS, GUANAJUATO

ANDRÉS SÁNCHEZ RESENDIZ, 9 AÑOS, QUERÉTARO

recalaba a menudo en las bahías cercanas. Fue bien acogido, y floreció entre él y la mayor de las hermanas un tierno idilio.

Las perspectivas de aquel enlace no complacían a la madre en absoluto y, sin siquiera explicarles los motivos, los amantes fueron conminados a separarse. El argumento esgrimido fue que en aquel momento no podían permitirse económicamente contraer matrimonio,

JONATHAN MORENO CRUZ, 12 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO

y que debían esperar a que llegasen mejores tiempos. Aquella era la época en que la autoridad de los padres —sobre todo en Escocia— equivalía poco menos que a un decreto del destino, y la joven sintió que no le quedaba nada por hacer salvo despedirse de su amado. Él, sin embargo, no se resignó. Era un hombre gallardo y bien intencionado, así que, acogiéndose a la palabra de la madre, tomó la determinación de hacer lo imposible para aumentar su fortuna.

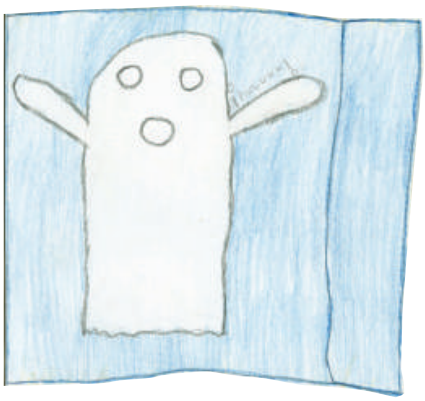
En aquel tiempo tenía lugar una guerra contra alguna potencia del norte —creo que era Prusia—, y el amante, que contaba con las simpatías del almirantazgo, solicitó ser enviado al Báltico. Su deseo se vio cumplido. Nadie se opuso a que los jóvenes pudieran

ROBERTO CARLOS MORALES MARIANO, 10 AÑOS, GUERRERO

JUAN CARLOS MIRANDA NOVELO, 11 AÑOS, YUCATÁN

despedirse; así lleno él de esperanzas y desalentada ella, se separaron. Convinieron en escribirse tan pronto como les fuera posible. Dos veces por semana —los días en que llegaba el correo al pueblo vecino— la hermana más joven montaba en su pony e iba al pueblo en busca de las cartas. Cada carta que llegaba provocaba en ella una sensación de gozo contenido. Muy a menudo, las hermanas se sentaban junto a la ventana para escuchar el rugido del mar entre las rocas durante una velada entera del crudo invierno, esperanzadas y rezando porque cada luz que brillaba en lontananza fuese la señal luminosa colgada del mástil del bergantín del amado acercándose. Pasaron muchas semanas en las que sus esperanzas se vieron postergadas y, de pronto, se produjo una tregua en la correspondencia. Con el paso de los días, el correo dejó de traer cartas desde el Báltico, y la agonía de las hermanas, sobre todo de la que se había prometido, se tornó casi insoportable.

MARTÍN GERARDO BRITO CARRASCO, 11 AÑOS, CHIHUAHUA



WENDY KARINA VALENCIA PÉREZ, 10 AÑOS, MICHOACÁN

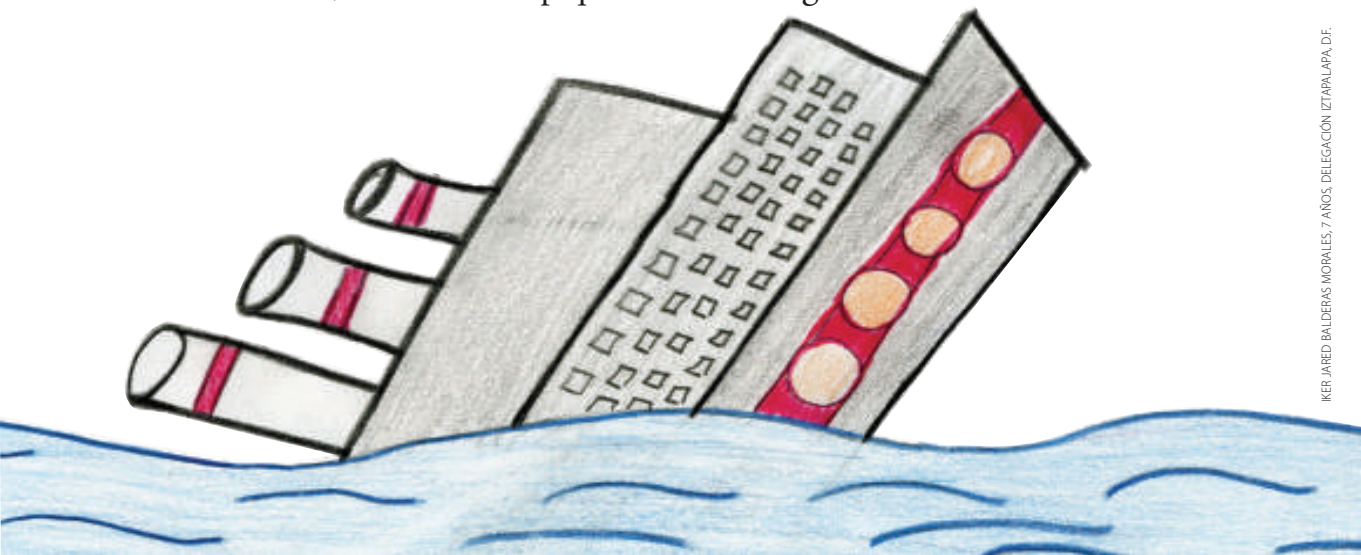
Como ya he mencionado, ambas dormían en la misma habitación y su ventana estaba orientada a las aguas del estuario. Una noche, la hermana menor se despertó debido a los fuertes lamentos de la hermana mayor. Habían llevado una vela a su habitación para así poder ver, y la habían colocado en el alféizar de la ventana, pensando (pobrecillas) que serviría como faro al bergantín. En el candor de la vela, la pequeña vio cómo su hermana se revolvía en un molesto sueño. Tras haber dudado unos instantes, tomó la decisión de despertar a la durmiente que, dejando escapar un chillido y sujetándose el pelo hacia atrás con las manos, exclamaba:

—¿Qué has hecho? ¿Qué es lo que has hecho?

Su hermana trató de serenarla y le preguntó con suavidad si algo le asustaba.

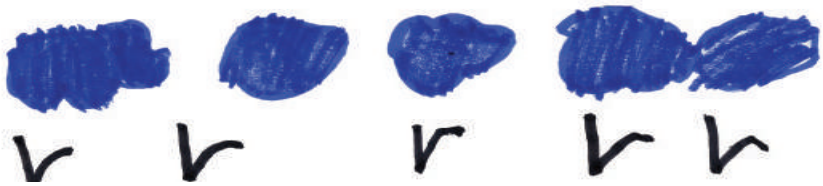
—¿Asustada? —respondió, aún muy excitada—. ¡No! ¡Pero le he visto! Entró por esa puerta y se acercó hasta los pies de la cama. Parecía muy pálido y su pelo estaba mojado. Estaba a punto de hablarme cuando tú le ahuyentaste. ¡Oh! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

No es que yo crea que el fantasma de su amado se le apareció realmente, pero el hecho es que el siguiente correo que llegó desde el Báltico informaba de que el bergantín, con todos sus tripulantes a bordo, se había ido a pique durante una galerna.



IKER JARED BALDERAS MORALES, 7 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

LEONARDO RAÚL MOTA COLÍN, 10 AÑOS, DELEGACIÓN CUAUHTÉMOC, D.F.



BERNARDETH CORREA ROMO, 6 AÑOS, ZACATECAS

Cuarta historia

Cuando mi madre era una niñita de ocho o nueve años y vivía en Suiza, el conde R de Holstein se trasladó, por causa de su salud, a la ciudad de Vevey, en donde tomó una casa con la intención de permanecer allí durante dos o tres años. En seguida trabó conocimiento con mis abuelos maternos, y dicha relación desembocó en una amistad. Se reunían constantemente y cada vez tenían mayor afinidad entre sí. Conociendo las intenciones del conde, en lo que a su estancia en Suiza se refería, mi abuela se sorprendió mucho cuando una mañana recibió de él una breve nota en la que se le informaba que, de modo urgente, se veía obligado a regresar a Alemania aquel mismo día por unos inesperados asuntos. En la misiva añadía que sentía mucho tener que partir, aunque debía hacerlo; y terminaba deseándole toda clase de parabienes, y esperando que tuviesen ocasión de reencontrarse algún día. Marchó de Vevey aquella tarde y nada más se supo de él ni de sus misteriosos asuntos.

Transcurridos unos pocos años desde su partida, mi abuela y uno de sus hijos fueron a Hamburgo a pasar una temporada. Llegó a oídos del conde R la noticia y, teniendo deseos de verles, les invitó a su castillo de Breitenburg, donde se quedaron durante unos días. Se trataba de un paraje bello y agreste, y el castillo, una enorme mole, era una reliquia de los tiempos feudales. Como ocurre con la mayoría de los vetustos lugares de esa clase, se decía que estaba hechizado. Desconociendo la historia en la que se basaban tales habladurías, mi abuela incitó al conde a que se la relatase. Tras algunas dudas y reparos, el anciano consintió en ello.

—Existe una habitación en esta casa —comenzó— en la que nunca nadie ha podido dormir. Se escuchan constantemente rui-

CARLOS ROBERTO MONTERROSO MÉNDEZ, 6 AÑOS, ZACATECAS

dos cuya procedencia es desconocida y que suenan como un incesante movimiento y chirrido de muebles. Hice vaciar la habitación, hice retirar el antiguo suelo y mandé colocar uno nuevo, pero los ruidos no desparecieron. Al final, desesperado, la hice tapiar. Ésta es la historia de ese cuarto.

Hacía unos siglos había morado en aquel castillo una condesa cuya caridad hacia los pobres y cuya gentileza hacia todo el mundo no tenían igual. Por todas partes se la conocía como "la Buena Condesa R" y todos la apreciaban. La habitación en cuestión era su alcoba. Una noche la despertó una voz que oyó junto a ella y, cuando miró fuera de la cama, vio, a la débil luz de su lámpara, a un hombrecillo diminuto, como de unos treinta centímetros de altura, junto a su lecho. Ella estaba del todo sorprendida y él le habló diciendo:

—Buena Condesa de R, vengo a pedirle que sea la madrina de mi hijo. ¿Acepta usted?

Ella asintió y él le dijo que volvería a buscarla al cabo de unos pocos días para asistir al bautizo; con esas palabras el hombrecillo se evaporó de la habitación.

A la mañana siguiente, reflexionando sobre los incidentes de aquella noche, la condesa llegó a la conclusión de que todo era producto de un extraño sueño y no le dio más vueltas. Sin embargo, pasados quince días, cuando ya había olvidado por completo el sueño, fue de nuevo despertada a la misma hora y por el mismo pequeño individuo, quien dijo que venía a reclamar el cumplimiento de su promesa. Ella se levantó, se vistió y siguió a su diminuto guía escaleras abajo por el castillo. En el centro del patio de armas había —y aún sigue habiendo— un pozo de brocal calado, muy profundo y que se extendía lejos, por debajo del edificio, hasta quién sabe dónde. Habiendo llegado junto al pozo, el hombrecillo vendó los ojos a la condesa y, ordenándole que no tuviese temor y que le siguiese, descendieron por unos peldaños desconocidos.

STEPHANIE LÓPEZ GUZMÁN, 11 AÑOS, GUANAJUATO

ITZEL DE LOS ÁNGELES CONTRERAS SALCEDO, 10 AÑOS, BAJA CALIFORNIA

PAULINA SARIÑANA, 9 AÑOS, DURANGO

Esta situación era nueva y extraña para la condesa, y se sintió incómoda, pero decidió que, a pesar de cualquier riesgo que pudiera correr, una promesa era una promesa, y que llevaría aquella aventura hasta el final.

Llegaron así hasta el fondo del pozo, y cuando su guía le retiró la venda de los ojos, la condesa se encontró en una habitación llena de personas tan pequeñas como el hombrecillo. El bautizo tuvo lugar, y la condesa ejerció de madrina. Al concluir la ceremonia, cuando la dama estaba a punto de despedirse, la madre del bebé cogió un puñado de astillas de un rincón y las metió en el mandil de su visitante.

—Ha sido usted muy amable amadrinando a mi hijo, buena Condesa de R —le dijo—, y su generosidad no quedará sin recompensa. Cuando se levante usted mañana, estas astillas que le he

dado se habrán transformado en metal. Con él debe hacer usted fundir inmediatamente dos peces y treinta *silverlingen* —una moneda alemana—. Cuando los tenga tallados, cuídelos con esmero, pues, durante el tiempo que permanezcan en su familia, todo será prosperidad; pero si alguno de ellos se pierde alguna vez, padecerán miserias sin cuento.

La condesa se lo agradeció y les deseó a todos los mejor. Tras cubrirle de nuevo los ojos con la venda, el hombrecillo la condujo sana y salva fuera del pozo, y a su propio patio, en donde le retiró el vendaje. Nunca más volvió a verle.

Al día siguiente, cuando la condesa despertó, se sintió confusa. Le pareció que todo lo que había pasado aquella noche había formado parte de algún extraordinario sueño. Mientras estaba en su *toilette*,[1] recapacitó detalladamente sobre todo lo sucedido, y se descubrió devanándose los sesos mientras le buscaba alguna explicación. Se encontraba en estas tribulaciones cuando pasó la mano sobre su mandil y se sorprendió al notar que estaba anudado; cuando lo desató, encontró entre los pliegues un montón de astillas de metal. ¿Cómo habrían llegado hasta allí? ¿Había sido el sueño real? ¿Acaso no había soñado con el hombrecillo y el bautizo? Durante el desayuno se decidió a contar la historia a los demás miembros de la familia. Todos estuvieron de acuerdo en que, significase lo que significase aquel obsequio, no debían despreciarlo. Por lo tanto, convinieron que debían fabricarse los dos peces y las

LUIS GERARDO SILVANO SÁNCHEZ, 8 AÑOS, TABASCO

[1] Baño.

DANNA PAOLA OSORIO GONZÁLEZ, 9 AÑOS, YUCATÁN

monedas, y que habrían de ser cuidadosamente custodiados entre las reliquias familiares. El tiempo transcurrió y todo comenzó a prosperar en la casa de los R. El rey de Dinamarca les colmó de honores y privilegios, y les adjudicó la administración de la Alta Tesorería de su Hacienda. Y durante los siguientes años todo les fue de maravilla.

De repente, para consternación de la familia, uno de los peces desapareció. Se llevaron a cabo arduos y denodados esfuerzos por dar con su paradero, en vano. Y, justo desde aquel momento, todo empezó a ir de mal en peor. El conde, que aún vivía, tenía dos hijos varones; mientras cazaban juntos uno mató al otro. Se desconoce si fue de manera accidental o no, pero siendo ambos jóvenes bastante conocidos por enzarzarse en continuas disputas, la duda empezó a planear sobre el asunto. Aquél fue el comienzo de una época colmada de desgracias. Cuando lo sucedido llegó a oídos del rey, pensó que se hacía necesario despojar al conde del cargo que ostentaba. Se sucedieron otros muchos infortunios. La familia cayó en descrédito. Sus tierras fueron vendidas o decomisadas por la corona hasta que nos les quedó más que el viejo castillo de Breitenburg y los angostos dominios que lo circundaban. Este deterioro se prolongó durante dos o tres generaciones. Además, para remate, en la familia no faltó nunca algún miembro trastornado.

—Y aquí —continuó el conde—, viene la parte más extraña. Yo nunca puse demasiada fe en estas pequeñas reliquias misteriosas, y así habría continuado de no ser por la concurrencia de ciertas circunstancias extraordinarias. ¿Recuerdan mi estancia en Suiza y lo repentino de su final? Pues bien, ocurrió que, justo antes de salir de Holstein, había recibido una curiosa carta. Su remitente, un caballero noruego, me contaba en la carta que se hallaba muy enfermo, pero no quería marcharse al otro mundo sin antes verme y hablar conmigo. Pensé que aquel hombre deliraba, pues nunca antes ha-

bía oído hablar de él. Consideré que no era posible que tuviésemos asunto alguno que tratar. Por tanto, desdeñé la carta y no volví a pensar en ella durante un tiempo.

De cualquier manera, mi remitente no parecía darse por satisfecho, y volvió a escribirme. Mi secretario, quien durante mi ausencia atendía la correspondencia, le hizo saber que me encontraba en Suiza por motivos de salud, y que si tenía algo que comunicarme sería mejor que lo hiciese por escrito, puesto que a mí me sería imposible desplazarme hasta Noruega.

Tampoco esto satisfizo al caballero, que insistió con una tercera carta en la que me imploraba que fuese a verle y en la que declaraba que lo que tenía que decirme era de capital importancia para ambos. Mi secretario se sintió tan impresionado por el terminante tono de la carta que me hizo llegar junto con su consejo de no deses-

MARCO ANTONIO LEYVA SUÁREZ, 11 AÑOS, TABASCO

JAIRO DANIEL SALVADOR CRUZ, 11 AÑOS, HIDALGO

timar aquella súplica. Ésta fue la causa de mi repentina partida de Vevey; nunca me alegraré lo suficiente de no haber persistido en mi rechazo.

Siguió un largo y penoso viaje por tierras nórdicas. En más de una ocasión me vi seriamente tentado por la posibilidad de abandonar, pero algún extraño impulso me llevaba en volandas hacia mi destino. Me vi obligado a atravesar buena parte de Noruega; con frecuencia pasé jornadas completas cabalgando a solas, cruzando páramos salvajes, cenagales inundados de brezos, atravesando riscos, montañas y parajes desolados, y contemplando, siempre a mi izquierda, la costa rocosa, desgarrada por el viento y azotada por el oleaje.

Finalmente, después de innumerables fatigas y penalidades, llegué al pueblo que mencionaba la carta, en la costa norte de Norue-

ga. El castillo del caballero —una gran torre circular— estaba edificado sobre una pequeña isla alejada de la costa y comunicada por tierra mediante una estrecha pasarela. Arribé allí a altas horas de la noche, y debo admitir que sentí algunos recelos mientras cruzaba el puente bajo el resplandor indeciso de un farolillo y mientras oía el embate de las aguas oscuras por debajo de mis pies. Un individuo me abrió la verja y volvió a cerrarla tan pronto como estuve dentro. Se hicieron cargo de mi caballo y fui conducido a los aposentos del caballero. Se trataba de un pequeño habitáculo circular, escasamente amueblado, casi en lo más alto de la torre. Allí, sobre una cama, yacía un anciano caballero, que parecía hallarse al borde mismo de la muerte. Cuando entré trató de incorporarse, y entonces me lanzó tal mirada de alivio y gratitud que su gesto me compensó por todas las penurias que había experimentado.

—No puedo agradecerle suficientemente, Conde de R, el que haya podido atender a mi petición —dijo él—. Si me hubiese encontrado en disposición de viajar le habría visitado yo mismo, pero eso era ya imposible, y lo cierto es que no podía dejar este mundo sin antes hablar con usted en persona. Seré breve, aunque lo que he de decirle es de vital importancia. ¿Reconoce esto?

Y sacó de debajo de su almohada mi pez, largamente extraviado. Yo, por supuesto, lo reconocí al instante; él continuó:

—No sé cuánto tiempo llevaba esto en mi casa, ni tuve noción alguna de su procedencia hasta que, recientemente, supe a quién pertenecía legítimamente. No llegó hasta aquí en mis tiempos, ni tampoco en los de mi padre, y es un misterio quién nos lo trajo. Cuando caí enfermo y mi recuperación se anunciaba imposible, una noche escuché una voz que me decía que no debía morir sin haberle restituido el pez al Conde R, de Breintenburg. Yo no le conocí a usted, ni tampoco había oído hablar jamás de nadie de su familia, así que al principio hice caso omiso de aquella voz. Sin

LUIS GERARDO SILVANO SÁNCHEZ, 8 AÑOS, TABASCO

embargo, siguió acuciándome, cada noche, hasta que, desesperado, tomé la determinación de escribirle. Entonces la voz paró. Llegó su esposa y volvía a oír la advertencia de que no debía morir hasta que usted llegase. Por fin supe que vendría, y no tengo palabras para agradecerle tanta amabilidad. Estoy seguro de que no podría haber muerto en paz sin antes verle.

El anciano murió esa misma noche, yo asistí a su entierro y regresé después a casa con mi tesoro recién recuperado. Fue restituido puntualmente a su lugar. Ese mismo año, mi hermano mayor, a quien conocerán por haber sido durante años huésped de un sanatorio mental, falleció y yo pasé a ser el propietario de este castillo. El año pasado recibí, para mi grata sorpresa, una amable misiva del rey de Dinamarca restituyéndome el puesto que ocuparan mis antepasados. En el presente año se me ha nombrado administrador de su hijo mayor, y el rey me ha devuelto buena parte de las propiedades confiscadas a mi familia. Así que el sol de la prosperidad parece brillar una vez más sobre la casa de Breitenburg. No hace mucho, envié una de las monedas a París y otra a Viena con el fin de que fuesen analizadas para saber de qué metal están compuestas, pero nadie ha sido capaz de darme una respuesta satisfactoria sobre este asunto.

De este modo el Conde de R terminó su relato, después de lo cual llevó a su impaciente interlocutora al lugar donde se atesoraban aquellos objetos preciosos y se los mostró.

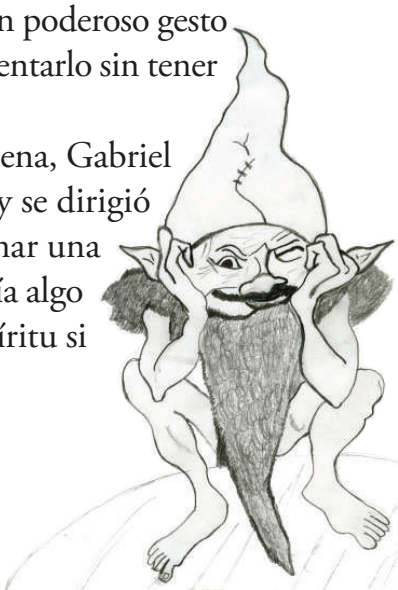
SAMUEL ALEJANDRO JUÁREZ CAMPOS, 11 AÑOS, DURANGO

GISSELLE ARIADNE HERNÁNDEZ AGUILERA, 10 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

La historia de los duendes que secuestraron a un enterrador

En una antigua ciudad abacial, en el sur de esta parte del país, hace mucho, pero muchísimo tiempo —tanto que la historia debe ser cierta porque nuestros tatarabuelos creían realmente en ella—, trabajaba como enterrador y sepulturero del campo santo un tal Gabriel Grub. No se deduce en absoluto de ello que porque un hombre sea enterrador y esté rodeado constantemente por los emblemas de la mortalidad, tenga que ser un hombre melancólico y triste; entre los funerarios se encuentran los tipos más alegres del mundo; en una ocasión tuve el honor de trabar amistad íntima con uno muy silencioso que en su vida privada, fuera de ser necio, era el tipo más cómico y jocoso que haya gorjeado nunca canciones procaces, sin el menor tropiezo en su memoria, ni que haya vaciado nunca el contenido de un buen vaso sin detenerse ni a respirar. Pero no obstante estos precedentes que parecen contrariar la historia, Gabriel Grub era un tipo malparado, intratable y arisco, un hombre taciturno y solitario que no se asociaba con nadie sino consigo mismo, aparte de con una antigua botella forrada de mimbre que ajustaba en el amplio bolsillo de chaleco, y que contemplaba cada rostro alegre que pasaba junto a él con tan poderoso gesto de malicia y mal humor que resultaba difícil enfrentarlo sin tener una sensación terrible.

Poco antes del crepúsculo, el día de Nochebuena, Gabriel se echó al hombro el azadón, encendió el farol y se dirigió hacia el cementerio viejo, pues tenía que terminar una tumba para la mañana siguiente, y como se sentía algo bajo de ánimo pensó que quizá levantara su espíritu si



JOSÉ JESÚS TOLEDO CASTRO, 11 AÑOS, CHIAPAS

ARIADNA MICHELL BALDERRAMA LUNA, 8 AÑOS, TABASCO

se ponía a trabajar enseguida. En el camino, al subir por una antigua calle, vio la alegre luz de los fuegos chispeantes que brillaban tras los viejos ventanales, y escuchó las fuertes risotadas y los alegres gritos de aquellos que se encontraban reunidos; observó los ajetreados preparativos de la alegría del día siguiente y olfateó los numerosos y sabrosos olores consiguientes que ascendían en forma de nubes vaporosas desde las ventanas de las cocinas. Todo aquello producía rencor y amargura en el corazón de Gabriel Grub; y cuando grupos de niños salían dando saltos de las casas, cruzaban la carretera a la carrera y antes de que pudieran llamar a la puerta de enfrente, eran recibidos por media docena de pillastres de cabello rizado que se ponían a cacarear a su alrededor mientras subían todos en bandada a pasar la tarde dedicados a sus juegos de Navidad, Gabriel sonreía taciturno y aferraba con mayor firmeza el mango de su azadón mientras pensaba en el sarampión, la escarlatina, el afta, la tos ferina y otras muchas fuentes de consuelo.

Gabriel caminaba a zancadas en ese feliz estado mental: devolviendo un gruñido breve y hosco a los saludos bien humorados de aquellos vecinos que pasaban junto a él, hasta que se metía en el oscuro callejón que conducía al cementerio. Gabriel llevaba ya tiempo deseando llegar al callejón oscuro, porque hablando en términos generales era un lugar agradable, taciturno y triste que las gentes de la ciudad no gustaban de frecuentar, salvo a plena luz del día cuando brillaba el sol; por ello se sintió no poco indignado al oír a un joven granuja que cantaba estruendosamente una festiva

ARIADNA MICHELL BALDERRAMA LUNA, 8 AÑOS, TABASCO

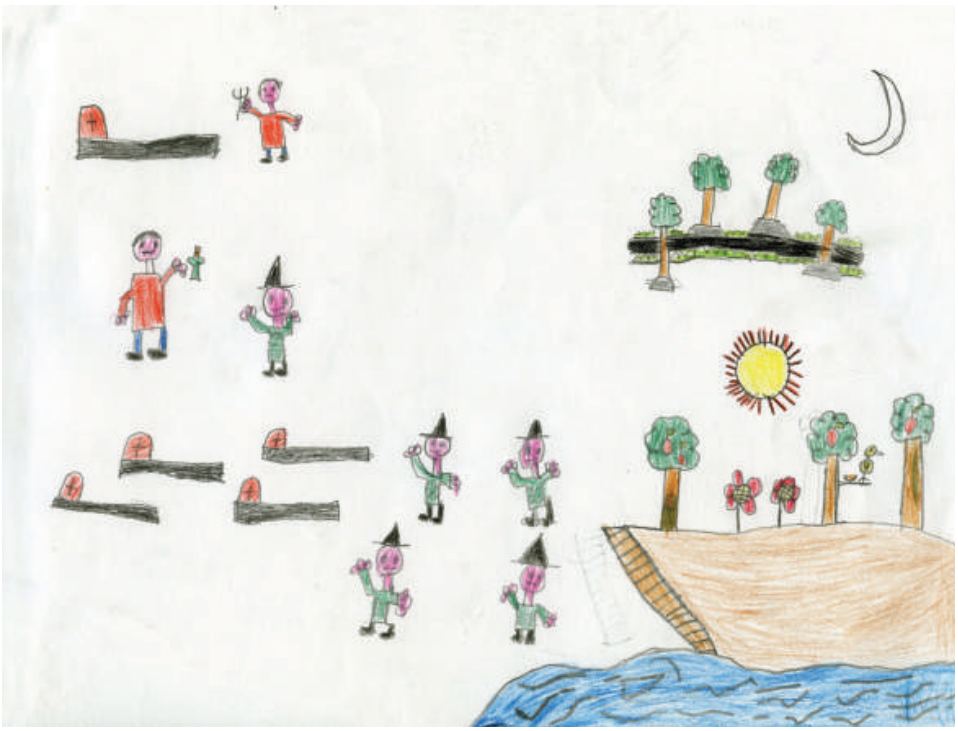
MIGUEL ÁNGEL ABRAJÁN DIRCIO, 11 AÑOS, GUERRERO

canción sobre unas navidades alegres en aquel mismo santuario que había recibido el nombre de Callejón del Ataúd desde la época de la vieja abadía y de los monjes de cabeza afeitada. Mientras Gabriel avanzaba la voz fue haciéndose más cercana y descubrió que procedía de un muchacho pequeño que corría a solas con la intención de unirse a uno de los pequeños grupos de la calle vieja, y que en parte para hacerse compañía a sí mismo, y en parte como preparativo de la ocasión, vociferaba la canción con la mayor potencia de sus pulmones. Gabriel aguardó a que llegara el muchacho, lo acorraló en una esquina y lo golpeó cinco o seis veces en la cabeza con el farol para enseñarle a modular la voz. Y mientras el muchacho escapó corriendo con la mano en la cabeza y cantando una melodía muy distinta, Gabriel Grub sonrió cordialmente para sí mismo y entró en el cementerio, cerrando la puerta tras de sí.

Se quitó el abrigo, dejó en el suelo el farol y metiéndose en la tumba sin terminar trabajó en ella durante una hora con muy buena voluntad. Pero la tierra se había endurecido con la helada y no era asunto fácil desmenuzarla y sacarla fuera con la pala; y aunque

JUAN LUIS SÁNCHEZ GUEVARA, 12 AÑOS, SAN LUIS POTOSÍ

ÉRICK JONATHAN VELÁZQUEZ MAQUEDA, 7 AÑOS, QUERÉTARO



había luna, ésta era muy joven e iluminaba muy poco la tumba, que estaba a la sombra de la iglesia. En cualquier otro momento estos obstáculos hubieran hecho que Gabriel Grub se sintiera desanimado y desgraciado, pero estaba tan complacido de haber acallado los cantos del muchachito que apenas se preocupó por los escasos progresos que hacía. Cuando llegada la noche hubo terminado el trabajo, miró la tumba con melancólica satisfacción, murmurando mientras recogía sus herramientas:

Valiente acomodo para cualquiera,
valiente acomodo para cualquiera,
unos pies de tierra fría cuando la vida ha terminado,
una piedra en la cabeza, una piedra en los pies,
una comida rica y jugosa para los gusanos,
la hierba sobre la cabeza, y la tierra húmeda alrededor,
¡valiente acomodo para cualquiera,
aquí en el camposanto!

—¡Ja, ja! —echó a reír Gabriel Grub sentándose en una lápida que era su lugar de descanso favorito; fue a buscar entonces su botella—. ¡Un ataúd en Navidad! ¡Una caja de Navidad! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —repitió una voz que sonó muy cerca detrás de él.

En el momento en el que iba a llevarse la botella a los labios, Gabriel se detuvo algo alarmado y miró a su alrededor. El fondo de

ISAAC LEON FELIX, 10 AÑOS, SINALOA

LUCRECIA ESCARTÍN MURILLO, 11 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

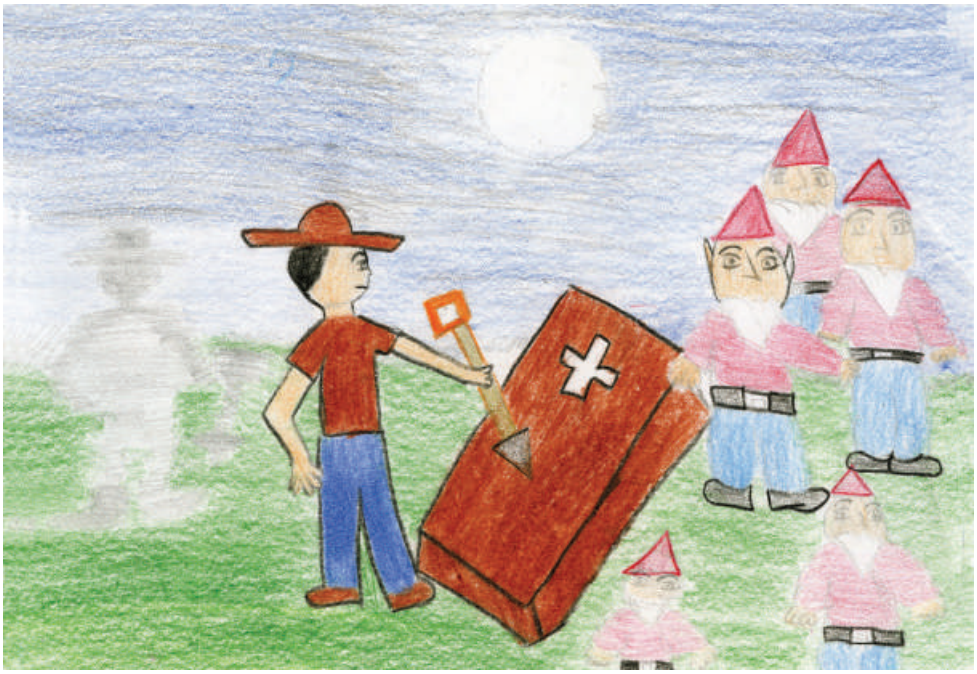
la tumba más vieja que estaba a su lado no se encontraba más quieto e inmóvil que el cementerio bajo la luz pálida de la luna. La fría escarcha brillaba sobre las tumbas lanzando destellos como filas de gemas entre las tallas de piedra de la vieja iglesia. La nieve yacía dura y crujiente sobre el suelo, y se extendía sobre los montículos apretados de tierra como una cubierta blanca y lisa que daba la impresión de que los cadáveres yacieran allí ocultos sólo por las sábanas en las que los habían enrollado. Ni el más débil crujido interrumpía la tranquilidad profunda de aquel escenario solemne. Tan frío y quieto estaba todo que el sonido mismo parecía congelado.

—Fue el eco —dijo Gabriel Grub llevándose otra vez la botella a los labios.

—¡No lo fue! —replicó una voz profunda.

Gabriel se sobresaltó y levantándose se quedó firme en aquel mismo lugar, lleno de asombro y terror, pues sus ojos se posaron en una forma que hizo que se le helara la sangre.

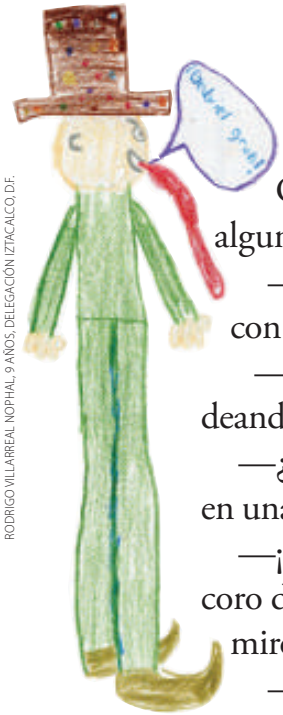
Sentada en una lápida vertical, cerca de él, había una figura ex-



ARIADNA DAYANIRA ORTIZ GALVÁN, 10 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

traña, no terrenal, que Gabriel comprendió enseguida, no pertenecía a este mundo. Sus piernas fantásticas y largas, que podrían haber llegado al suelo, las tenía levantadas y cruzadas de manera extraña y rara; sus fuertes brazos estaban desnudos y apoyaba las manos en las rodillas. Sobre el cuerpo, corto y redondeado, llevaba un vestido ajustado adornado con pequeñas cuchilladas; colgaba a su espalda un manto corto; el cuello estaba recortado en curiosos picos que le servían al duende de gorguera o pañuelo; y los zapatos estaban curvados hacia arriba con los dedos metidos en largas puntas. En la cabeza llevaba un sombrero de pan de azúcar de ala ancha, adornado con una única pluma. Llevaba el sombrero cubierto de escarcha blanca, y el duende parecía encontrarse cómodamente sentado en esa misma lápida desde hacía doscientos o trescientos años. Estaba absolutamente quieto, con la lengua fuera, a modo de burla; le sonreía a Gabriel Grub con esa sonrisa que sólo un duende puede mostrar.

—No fue el eco —dijo el duende.



RODRIGO VILLARREAL NOPHAL, 9 AÑOS, DELEGACIÓN IZTACALCO, D.F.

Gabriel Grub quedó paralizado y no pudo dar respuesta alguna.

—¿Qué haces aquí en Nochebuena? —le preguntó el duende con un tono grave.

—He venido a cavar una tumba, señor —contestó, tartamudeando, Gabriel Grub.

—¿Y qué hombre se dedica a andar entre tumbas y cementerios en una noche como ésta? —gritó el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —contestó a gritos un salvaje coro de voces que pareció llenar el cementerio. Temeroso, Gabriel miró a su alrededor sin que pudiera ver nada.

—¿Qué llevas en esa botella? —preguntó el duende.

—Ginebra holandesa, señor —contestó el enterrador temblando más que nunca, pues la había comprado a unos contrabandistas y pensó que quizá el que le preguntaba perteneciera al impuesto de consumos de los duendes.

—¿Y quién bebe ginebra holandesa a solas, en un cementerio, en una noche como ésta? —preguntó el duende.

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —exclamaron de nuevo las voces salvajes.

El duende miró maliciosamente y de soslayo al aterrado enterrador, y luego, elevando la voz, exclamó:

—¿Y quién, entonces, es nuestro premio justo y legítimo?

Ante esa pregunta, el coro invisible contestó de una manera que sonaba como las voces de muchos cantantes entonando, con el poderoso volumen del órgano de la vieja iglesia, una melodía que parecía llevar hasta los oídos del enterrador un viento desbocado, y desaparecer al seguir avanzando; pero la respuesta seguía siendo la misma:

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub!

El duende mostró una sonrisa más amplia que nunca mientras decía:

YUDAH DÍAZ ALEMÁN, 11 AÑOS, CHIHUAHUA

—Y bien, Gabriel, ¿qué tienes que decir a eso?

El enterrador se quedó con la boca abierta, falto de aliento.

—¿Qué es lo que piensas de esto, Gabriel? —preguntó el duende pateando con los pies el aire a ambos lados de la lápida y mirándose las puntas vueltas hacia arriba de su calzado con la misma complacencia que si hubiera estado contemplando en Bond Street las botas Wellingtons más a la moda.

—Es... resulta... muy curioso, señor —contestó el enterrador, medio muerto de miedo—. Muy curioso, y bastante bonito, pero creo que tengo que regresar a terminar mi trabajo, señor, si no le importa.

—¡Trabajo! —exclamó el duende—. ¿Qué trabajo?

—La tumba, señor; preparar la tumba —volvió a contestar tartamudeando el enterrador.

—Ah, ¿la tumba, eh? —preguntó el duende—. ¿Y quién cava tumbas en un momento en el que todos los demás hombres están

ROXANA JIMENA OLVERA CARRILLO, 12 AÑOS, NAYARIT

alegres y se complacen en ello?

—¡Gabriel Grub! ¡Gabriel Grub! —volvieron a contestar las misteriosas voces.

—Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —dijo el duende sacando más que nunca la lengua y dirigiéndola a una de sus mejillas... y era una lengua de lo más sorprendente—. Me temo que mis amigos te quieren, Gabriel —repitió el duende.

—Por favor, señor —replicó el enterrador sobrecogido por el horror—. No creo que sea así, señor; no me conocen, señor; no creo que esos caballeros me hayan visto nunca, señor.

—Oh, claro que te han visto —contestó el duende—. Conocemos al hombre de rostro taciturno, ceñudo y triste que vino esta noche por la calle lanzando malas miradas a los niños y agarrando con fuerza su azadón de enterrador. Conocemos al hombre que gol-

peó al muchacho con la malicia envidiosa de su corazón porque el muchacho podía estar alegre y él no. Lo conocemos, lo conocemos.

En ese momento el duende lanzó una risotada fuerte y aguda que el eco devolvió multiplicada por veinte, y levantando las piernas en el aire, se quedó de pie sobre su cabeza, o más bien sobre la punta misma del sombrero de pan de azúcar en el borde más estrecho de la lápida, desde donde con extraordinaria agilidad dio un salto mortal cayendo directamente a los pies del enterrador, plantándose allí en la actitud en que suelen sentarse los sastres sobre su tabla.

—Me... me... temo que debo abandonarlo, señor —dijo el enterrador haciendo un esfuerzo por ponerse en movimiento.

—¡Abandonarnos! —exclamó el duende—. Gabriel Grub va a abandonarnos. ¡Ja, ja, ja!

Mientras el duende se echaba a reír, el sepulturero observó por un instante una iluminación brillante tras las ventanas de la iglesia, como si el edificio dentro hubiera sido iluminado; la iluminación desapareció, el órgano atronó con una tonada animosa y grupos enteros de duendes, la contrapartida misma del primero, aparecieron en el cementerio y comenzaron a jugar al salto de la rana con las tumbas, sin detenerse un instante a tomar aliento y "saltando" las más altas de ellas, una tras otra, con una absoluta y maravillosa destreza. El primer duende era un saltarín de lo más notable. Ninguno de los demás se le aproximaba siquiera; incluso en su estado de terror extremo el sepulturero no pudo dejar de observar que mientras sus amigos se contentaban con saltar las lápidas de tamaño común, el primero abordaba las capillas familiares con las barandillas de hierro y todo, con la misma facilidad que si se tratara de postes callejeros.

Finalmente el juego llegó al punto más culminante e interesante; el órgano comenzó a sonar más y más veloz y los duendes a saltar más y más rápido: enrollándose, ro-

ANA VICTORIA ARELLANO PLASCENCIA, 6 AÑOS, AGUASCALIENTES

REYNA PELAYO OLIVERA, 12 AÑOS, NAYARIT

dando de la cabeza a los talones sobre el suelo y rebotando sobre las tumbas como pelotas de futbol. El cerebro del enterrador giraba en un torbellino con la rapidez del movimiento que estaba contemplando y las piernas se le tambaleaban mientras los espíritus volaban delante de sus ojos, hasta que el duende rey, lanzándose repentinamente hacia él, le puso una mano en el cuello y se hundió con él en la tierra.

Cuando Gabriel Grub tuvo tiempo de recuperar el aliento, que había perdido por causa de la rapidez de su descenso, se encontró en lo que parecía ser una amplia caverna rodeado por todas partes por multitud de duendes feos y ceñudos. En el centro de la caverna, sobre una sede elevada, se encontraba su amigo del cementerio; y junto a él estaba el propio Gabriel Grub sin capacidad de movimiento.

—Hace frío esta noche —dijo el rey de los duendes—. Mucho frío. ¡Traigan un vaso de algo caliente!

Al escuchar esa orden, media docena de solícitos duendes de sonrisa perpetua en el rostro, que Gabriel Grub imaginó serían cortesanos, desaparecieron presurosamente para regresar de inmediato con una copa de fuego líquido que presentaron al rey.

—¡Ah! —gritó el duende, cuyas mejillas y garganta se habían vuelto transparentes, mientras se tragaba la llama—. ¡Verdaderamente esto calienta a cualquiera! Tráiganle una copa de lo mismo al señor Grub.

En vano protestó el infortunado enterrador diciendo que no estaba acostumbrado a tomar nada caliente por la noche; uno de los duendes lo sujetó mientras el otro derramaba por su garganta el líquido ardiente; la asamblea entera chilló de risa cuando él se puso a toser y a ahogarse y se limpió las lágrimas, que brotaron en abundancia de sus ojos, tras tragar la ardiente bebida.

—Y ahora —dijo el rey al tiempo que golpeaba con la esquina ahusada del sombrero de pan de azúcar el ojo del enterrador, oca-

ROXANA JIMENA OLVERA CARRILLO, 12 AÑOS, NAYARIT

sionándole con ello el dolor más exquisito— ...y ahora mostrémosle al hombre de la tristeza y la desgracia unas cuantas imágenes de nuestro gran almacén.

Al decir aquello el duende, una nube espesa que oscurecía el extremo más remoto de la caverna desapareció gradualmente revelando, aparentemente a gran distancia, un aposento pequeño y escasamente amueblado, pero pulcro y limpio. Había una multitud de niños pequeños reunidos alrededor de un fuego brillante, agarrados a la bata de su madre y dando brincos alrededor de su silla. De vez en cuando la madre se levantaba y apartaba la cortina de la ventana, como deseando ver algún objeto que esperaba; sobre la mesa estaba dispuesta una comida frugal; cerca del fuego había un sillón. Se oyó que llamaban a la puerta: la madre la abrió y los niños se amontonaron a su alrededor, aplaudiendo de alegría, cuando entró el padre. Estaba mojado y fatigado. Se sacudió la nieve de las ropas mientras los niños se amontonaban a su alrededor agarrando su manto, sombrero, bastón y guantes con verdadero celo y saliendo a toda prisa con ellos de la habitación. Después, mientras se sentaba delante del fuego y de su comida, los niños se le subieron en las rodillas y la madre se sentó a su lado y todos parecían felices y contentos.

Pero se produjo, casi imperceptiblemente, un cambio de la visión. El escenario se alteró transformándose en un dormitorio pequeño en donde yacía moribundo el niño más joven y hermoso: el color sonrosado había huido de sus mejillas y la luz había desaparecido de sus ojos; y mientras el sepulturero lo miró con un interés que nunca antes había conocido o sentido, el niño murió. Sus jóvenes hermanos y hermanas se apiñaron alrededor de su camita y le cogieron la diminuta mano, tan fría y pesada; pero retrocedieron ante el contacto y miraron con temor su rostro infantil; pues aunque estuviera en calma y tranquilo, y el hermoso niño pareciera estar durmiendo, descansado y en paz,

RAEL UZIEL CORRALES GUTIÉRREZ, 9 AÑOS, BIBLIOTECA VASCONCELOS, D.F.

JOSE FÉLIX VÁZQUEZ BECERRA, 11 AÑOS, JALISCO

vieron que estaba muerto y supieron que era un ángel que los miraba desde arriba, bendiciéndolos desde un cielo brillante y feliz.

De nuevo la nube luminosa traspasó el cuadro y de nuevo cambió el tema. Ahora el padre y la madre eran ancianos e indefensos, y el número de los que les rodeaban había disminuido a más de la mitad; pero el contento y la alegría se hallaban asentados en cada rostro, brillaban en cada mirada, mientras rodeaban el fuego y contaban y escuchaban viejas historias de días anteriores ya pasados. Lenta y pacíficamente entró el padre en la tumba, y poco después quien había compartido todas sus preocupaciones y problemas le siguió a un lugar de descanso. Los pocos que todavía les sobrevivían se arrodillaron junto a su tumba y regaron con sus lágrimas la hierba verde que la cubría; después se levantaron y se dieron la

vuelta: tristes y lamentándose, pero sin gritos amargos ni lamentaciones desesperadas, pues sabían que un día volverían a encontrarlos; y de nuevo se mezclaron con el mundo ajetreado y recuperaron su alegría y su contento. La nube cayó sobre el cuadro y lo ocultó de la vista del sepulturero.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó el duende volviendo su rostro grande hacia Gabriel Grub.

Gabriel murmuró algo en el sentido de que era muy hermoso y pareció algo avergonzado cuando el duende volvió hacia él sus ojos ardientes.

—¡Tú, miserable! —exclamó el duende con un tono de gran desprecio—. ¡Tú!

Parecía dispuesto a añadir algo más, pero la indignación sofocó sus palabras, levantó una de las piernas que tenía dobladas y, tras sostenerla un momento por encima de la cabeza del sepulturero, para asegurar su puntería, le administró a Gabriel Grub una buena y sonora patada; inmediatamente después de eso, todos los duendes que habían estado aguardando rodearon al infeliz enterrador y lo patearon sin piedad: de acuerdo con la costumbre establecida e invariable entre los cortesanos de la tierra, quienes patean a aquél al que ha pateado la realeza y abrazan a quien la realeza abraza.

—¡Enséñenle algo más! —dijo el rey de los duendes. Ante esas palabras desapareció la nube revelándose ante su vista un paisaje

IVÁN DAVID PALACIOS TIRADO, 9 AÑOS, DELEGACIÓN IZTACALCO, D.F.

LEONARDO RODRÍGUEZ GODOY, 9 AÑOS, DELEGACIÓN MIGUEL HIDALGO, D.F.

rico y hermoso; hasta el día de hoy hay otro semejante a menos de un kilómetro de la antigua ciudad abacial. El sol brillaba desde el cielo claro y azul, el agua centelleaba bajo sus rayos, los árboles parecían más verdes y las flores más alegres bajo su animosa influencia. El agua corría con un sonido agradable; los árboles rugían bajo el viento ligero que murmuraba entre sus hojas; los pájaros cantaban sobre las ramas; y la alondra gorjeaba desde lo alto su bienvenida a la mañana. Sí, era por la mañana: la mañana brillante y fragante de verano; la más diminuta hoja, la brizna de hierba más pequeña, estaban animadas de vida. La hormiga se arrastraba dedicada a sus tareas diarias, la mariposa aleteaba y se solazaba bajo los pálidos rayos del sol; miríadas de insectos extendían las alas transparentes y gozaban de su existencia breve pero feliz. El hombre caminaba entusiasmado con la escena, y todo era brillo y esplendor.

—¡Tú, miserable! —exclamó el rey de los duendes con un tono más despreciativo todavía que el anterior. Y de nuevo el rey de los duendes levantó una pierna y de nuevo la dejó caer sobre los hombros del enterrador; y otra vez los duendes que asistían a la reunión imitaron el ejemplo de su jefe.

Muchas veces la nube se fue y regresó, y enseñó muchas lecciones a Gabriel Grub, quien tenía los hombros doloridos por las frecuentes aplicaciones de los pies de los duendes; pero, aún así, miraba con interés que nada podía disminuir. Vio a hombres que trabajaban con duro esfuerzo y se ganaban su escaso pan con una vida de trabajo, pero eran alegres y felices; y a los más ignorantes, para quienes el rostro dulce de la naturaleza era una fuente incesante de alegría y gozo. Vio a aquellos que habían sido delicadamente alimentados y tiernamente criados, alegres ante las privaciones y

ESMERALDA LUGARDO VALERIO, 11 AÑOS, HIDALGO

superiores ante el sufrimiento, quienes habían superado muchas situaciones duras porque llevaban dentro del pecho los materiales de la felicidad, el contento y la paz. Vio que las mujeres, lo más tierno y frágil de todas las criaturas de Dios, eran a menudo capaces de superar la pena, la adversidad y la tristeza; y vio que era así porque en su corazón llevaban una inagotable fuente de afecto y devoción. Pero sobre todo vio que hombres como él mismo, que refunfuñaban por el gozo y la alegría de los demás, eran las peores hierbas en la hermosa superficie de la tierra; y poniendo todo el bien del mundo contra el mal, llegó a la conclusión de que al fin y al cabo era un mundo muy decente y respetable. Nada más acababa de formarse cuando la nube que ocultó el último cuadro pareció ponerse sobre sus sentidos y llevarle al reposo. Uno a uno los duendes fueron desapareciendo de su vista; y cuando el último de ellos se hubo ido, se quedó dormido.

AZUL XIMENA SÁNCHEZ LÓPEZ, 10 AÑOS, TLALNEPANTLA, ESTADO DE MÉXICO

ROXANA JIMENA OLVERA CARRILLO, 12 AÑOS, NAYARIT

Había despuntado el día cuando despertó Gabriel Grub y se encontró tumbado cuan largo era sobre la lápida plana del cementerio, con el cubrebotellas de mimbre vacío a su lado y la capa, el azadón y el farol, blanqueados por la helada de la noche anterior, tirados por el suelo. La piedra sobre la que había visto por primera vez al duende se erguía audaz ante él, y la tumba en la que había trabajado la noche anterior no estaba lejana. Al principio empezó a dudar de la realidad de sus aventuras, pero el dolor agudo que sintió en los hombros cuando intentó levantarse le aseguró que las patadas de los duendes no habían sido ciertamente meras ideas. Vaciló de nuevo al no encontrar rastros de huellas en la nieve sobre la que los duendes habían jugado al salto de la rana con las piedras de las tumbas, pero rápidamente se explicó esa circunstancia al recordar que, siendo espíritus, no dejarían tras ellos impresiones visibles. Por tanto, Gabriel Grub se puso en pie tan bien como pudo teniendo en cuenta el dolor de su espalda; y cepillándose la escarcha del abrigo, se lo puso y volvió el rostro hacia la ciudad.

Pero era ya un hombre cambiado y no podía soportar el pensamiento de regresar a un lugar en el que se burlarían de su arrepentimiento y no creerían en su reforma. Vaciló unos momentos y luego se alejó errando hacia donde pudiera, buscándose el pan en otra parte.

Aquel día encontraron en el cementerio el farol, el azadón y el cubrebotellas de cestería. Al principio hubo muchas especulaciones acerca del destino del enterrador, pero rápidamente se decidió que se lo habrían llevado los duendes; y no faltaron algunos testigos muy creíbles que lo habían visto claramente a través del aire a lomos de un caballo castaño tuerto, con los cuartos traseros de un león y la cola de un oso. Finalmente acabaron por creer devotamente en todo aquello; y el nuevo enterrador solía enseñar a los curiosos, a cambio de un ligero emolumento, un trozo de buen tamaño

perteneciente a la veleta de la iglesia que accidentalmente había sido coceada por el caballo antes mencionado en su vuelo aéreo, y que él mismo recogió en el cementerio uno o dos años después.

Desafortunadamente esas historias se vieron algo enmarañadas por la reaparición no esperada del propio Gabriel Grub unos diez años más tarde, como un anciano reumático y andrajoso, pero contento. Le contó su historia al clérigo, y también al alcalde; y con el curso del tiempo aquello se convirtió en parte de la historia, y en esa forma se ha seguido contando hasta hoy. Los que creyeron en el relato del trozo de veleta, habiendo colocado mal su confianza en otro tiempo, dejaron de predominar y se apartaron de esa historia. Trataban de parecer lo más sabios que pudieran, encogiéndose de hombros, tocándose la frente y murmurando algo parecido a que Gabriel Grub se había bebido toda la ginebra de Holanda y se quedó dormido sobre un lápida plana; y luego trataban de explicar lo que se suponía que él había presenciado en la caverna de los duendes diciendo que había visto el mundo y se había hecho más sabio. Pero esta opinión que en absoluto fue popular en ningún momento, acabó gradualmente por desaparecer; y sea como sea, puesto que Gabriel Grub se vio afectado por el reumatismo al final de sus días, la historia tiene al menos una moraleja, aunque no pueda enseñar otra mejor, y es que si un hombre se vuelve taciturno y bebe solo en la época de Navidad, no por ello va a decidir ser mejor: los espíritus puede que no vuelvan a ser tan buenos, ni estar dispuestos a presentar tantas pruebas, como aquellos a los que vio Gabriel Grub en la caverna de los duendes.

ROXANA JIMENA OLVERA CARRILLO, 12 AÑOS, NAYARIT

ISRAEL FRANCISCO HUERTA ABARCA, 8 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

JAZMÍN ESMERALDA LÓPEZ, 11 AÑOS, NAYARIT

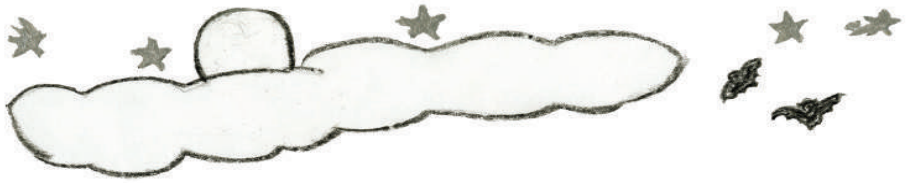
MARÍA GUADALUPE RINCÓN DÍAZ, 9 AÑOS, QUERÉTARO

El velo negro

Era una velada de invierno, quizá a fines de otoño de 1800, o tal vez uno o dos años después de aquella fecha, cuando un joven cirujano se hallaba en su despacho, escuchando el murmullo del viento que agitaba la lluvia contra la ventana, silbando sordamente en la chimenea. La noche era húmeda y fría; y como él había caminado durante todo el día por el barro y el agua, ahora descansaba confortablemente, en bata, medio dormido y pensando en mil cosas como el sonido que el viento hacía al soplar, o la forma en que la lluvia le azotaría el rostro si no estuviese instalado en casa.

Sus pensamientos lo guiaron hacia la visita que hacía todos los años para Navidad a su tierra y a sus amistades, e imaginaba que sería muy grato volver a verlas, y en la alegría que sentiría Rosa si él pudiera decirle que, al fin, había encontrado un paciente y esperaba encontrar más, y regresar dentro de unos meses para casarse con ella. Empezó a hacer cálculos sobre la aparición de este primer paciente mientras se preguntaba si, por especial designio de la providencia, estaría destinado a no tener ninguno. Volvió a pensar en Rosa y pronto entre sueños, estaba con ella, cuando el dulce sonido de su voz resonó en sus oídos y su mano, delicada y suave, se apoyó sobre su espalda.

En efecto, una mano se había apoyado sobre su espalda, pero no era suave ni delicada; su propietario era un muchacho corpulento, el cual por un chelín a la semana y la comida, había sido empleado en la parroquia para repartir medicinas. Como no había demanda de medicamentos ni necesidad de recados, acostumbraba ocupar sus horas ociosas —unas catorce por día— en sustraer pastillas de menta, tomarlas y dormirse.



ANA ALICIA GONZÁLEZ LÓPEZ, 10 AÑOS, HIDALGO

—¡Una señora, señor, una señora! —exclamó el muchacho, sacudiendo a su amo.

—¿Qué señora? —exclamó nuestro amigo, medio dormido—. ¿Qué señora? ¿Dónde?

—¡Aquí! —repitió el muchacho, señalando la puerta de cristales que conducía al gabinete del cirujano, con una expresión de alarma que podría atribuirse a la insólita aparición de un cliente.

El cirujano miró y se estremeció también a causa del aspecto de la inesperada visita. Se trataba de una mujer de singular estatura, vestida de riguroso luto y que estaba tan cerca de la puerta que su cara casi tocaba el cristal. La parte superior de su figura se hallaba cuidadosamente envuelta en un chal negro, y llevaba la cara cubierta con un velo negro y espeso. Estaba de pie, erguida; su figura se mostraba en toda su altura, y aunque el cirujano sintió que unos ojos bajo el velo se fijaban en él, ella no se movía para nada, ni parecía darse cuenta de que la estaban observando.

—¿Viene para una consulta? —preguntó el cirujano titubeando y entreabriendo la puerta. La pregunta no alteró la posición de la figura, que seguía inmóvil.

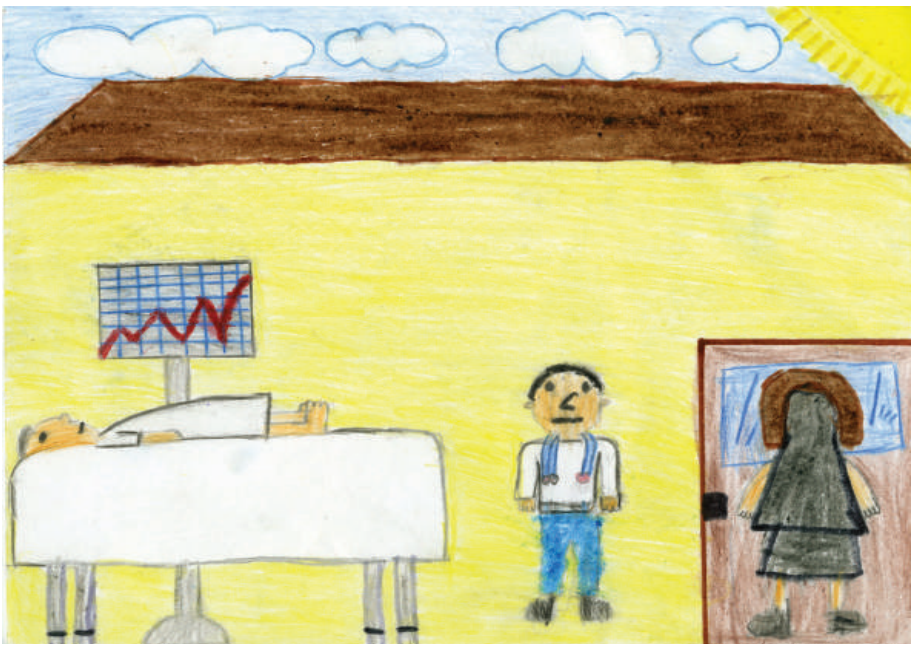
Ella inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Pase, por favor —dijo el cirujano.

La figura dio un paso; luego, volviéndose hacia donde estaba el muchacho, el cual sintió un profundo horror, pareció dudar.

—Gracias Tom, puedes marcharte —dijo al muchacho, cuyos ojos grandes y redondos habían permanecido abiertos durante la breve entrevista—. Corre la cortina y cierra la puerta.

El muchacho corrió una cortina verde sobre el cristal de la puerta, se retiró al gabinete, cerró la puerta e inmediatamente miró por la cerradura. El cirujano acercó una silla al fuego e invitó a su visitante a tomar asiento. La figura misteriosa se adelantó hacia la silla,



LUZ EDITH ULÍN RUIZ, 9 AÑOS, TABASCO

y cuando el fuego iluminó su traje negro, el cirujano observó que estaba manchado de barro y empapado de agua.

—¿Se ha mojado mucho? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con una voz baja y profunda.

—¿Se siente mal? —inquirió el cirujano, compasivamente, ya que su acento escondía un gran sufrimiento.

—Sí, bastante. No del cuerpo, sino del alma. Aunque, no es por mí que he venido. Si yo estuviese enferma no andaría a estas horas y en una noche como esta, pero si dentro de veinticuatro horas me ocurriese lo que me ocurre, ¡Dios sabe con qué alegría guardaría cama y desearía morirme! Es para otro que solicito su ayuda, señor. Puede que esté loca al rogarle por él. Pero una noche tras otra, durante horas terribles, velando y llorando, este pensamiento se ha ido apoderando de mí; y aunque me doy cuenta de lo inútil que es para él toda asistencia humana, ¡el solo pensamiento de que puede morirse me hiela la sangre!

Había tal desesperación en la expresión de esta mujer, que el joven cirujano, poco curtido en las miserias de la vida, en esas mise-

BERNARDETH CORREA ROMO, 6 AÑOS, ZACATECAS

rias que suelen ofrecerse a los médicos, quedó impresionado profundamente.

—Si la persona de la cual usted habla —exclamó, levantándose— se halla en una situación desesperada, no hay que perder un momento. ¿Por qué no vino usted antes?

—Porque hubiera sido inútil y todavía lo es —repuso la mujer, cruzando las manos.

El cirujano contempló por un momento su velo negro, como para cerciorarse de la expresión de sus facciones; pero era tan espeso, que le fue imposible mirar a través de él.

—Se encuentra usted enferma —dijo amablemente—. La fiebre, que le ha hecho soportar, sin darse cuenta, la fatiga que evidentemente usted sufre, arde ahora dentro. Llévese esa copa a los labios —prosiguió, ofreciéndole un vaso de agua— y luego explíqueme, con la mayor calma que le sea posible, cuál es la dolencia que aqueja al paciente y cuánto tiempo hace que está enfermo. Mi visita será útil si conozco a fondo los detalles; una vez que concluya su relato, iré inmediatamente con usted.

La desconocida llevó el vaso a sus labios sin levantar el velo; pero sin haberlo probado, lo regresó a su sitio y rompió en llanto.

—Sé —dijo sollozando— que lo que digo parece un delirio febril. Ya me lo han dicho, aunque sin la amabilidad de usted. No soy una mujer joven y, se dice, que cuando la vida se dirige hacia su final, la escasa vida que nos queda nos es más querida que todos los tiempos anteriores, ligados al recuerdo de viejos amigos, muertos hace años, de jóvenes, niños quizá, que han desaparecido y la han olvidado a una por completo, como si estuviese muerta. No puedo vivir ya muchos años; así es que, bajo este aspecto, tiene que resultarme la vida más querida; aunque la abandonaría sin un suspiro y hasta con alegría si lo que ahora le cuento fuese falso. Mañana por la mañana, aquel de quien hablo se hallará fuera de todo socorro y,

YAEL OSWALDO AMÉZQUITA ROA, 7 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO

a pesar de ello, esta noche, aunque se encuentre en un terrible peligro, usted no puede visitarle, ni servirle de ninguna manera.

—No quisiera aumentar sus penas —dijo el cirujano tras una pausa—. No deseo comentar lo que me acaba de decir ni quiero dar la impresión de que deseo investigar lo que usted oculta con tanta ansiedad. Pero hay en su relato una inconsistencia que no puedo conciliar. La persona está muriéndose esta noche, pero usted dice que no puedo verla. En cambio, usted teme que mañana sea inútil, sin embargo ¡quiere entonces que lo vea! Si él es tan querido como las palabras y su actitud me indican, ¿por qué no intentar salvar su vida sin tardanza antes de que el avance de su enfermedad haga la intención impracticable?

—¡Dios me asista! —exclamó la mujer, llorando—. ¿Cómo puedo esperar que un extraño crea lo increíble? Entonces, ¿usted se niega a verlo mañana, señor? —añadió levantándose vivamente.

—No me niego —replicó el cirujano—. Pero le advierto que,

MARÍA GUADALUPE RINCÓN DÍAZ, 9 AÑOS, QUERÉTARO

de persistir en tan extraordinaria demora, incurrirá en una terrible responsabilidad si el individuo fallece.

—La responsabilidad será siempre grave —replicó la desconocida en tono amargo—. Cualquier responsabilidad que recaiga sobre mí, la acepto y sé que tendré que responder por ella.

—Como yo no incurro en ninguna —agregó el cirujano—, accedo a la petición de usted. Veré al paciente mañana, si usted me deja la información. ¿A qué hora se le puede visitar?

—A las nueve —replicó la mujer.

—Usted excusará la insistencia en el asunto —dijo el cirujano— pero, ¿está él a su cuidado?

—No, señor.

—Entonces, si le doy instrucciones para proporcionar el tratamiento durante esta noche, ¿podría usted cumplirlas?

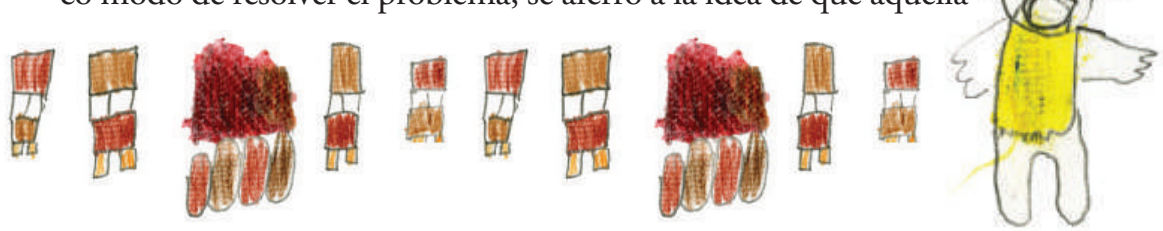
La mujer lloró amargamente y replicó:

—No; no podría.

Como no había esperanzas de obtener más informes con la entrevista, y deseoso por otra parte, de no herir los sentimientos de la dama, que ya se habían convertido en irreprimibles y penosísimos de contemplar, el cirujano repitió su promesa de acudir a la cita por la mañana. Después de proporcionarle la dirección, la visitante abandonó la casa de la misma misteriosa forma en que había entrado.

Es de suponer que tan extraordinaria visita produjo una gran impresión en el cirujano, y que éste meditó por largo tiempo, aunque con escaso provecho, sobre todas las circunstancias del caso. Como casi todo el mundo, había leído y oído hablar a menudo de casos raros, en los que el presentimiento de la muerte a una hora determinada había sido concebido. Por un momento se inclinó a pensar que el caso era uno de estos, pero entonces se le ocurrió que todas las anécdotas de esta clase que había oído se referían a personas que fueron asaltadas por un presentimiento de su propia muerte. Esta mujer, sin embargo, habló de un hombre, y no era posible suponer que un mero sueño le hubiese inducido a hablar de aquel próximo fallecimiento en una forma tan terrible y con la seguridad con que se había expresado.

¿Sería acaso que el hombre tenía que ser asesinado a la mañana siguiente, y que la mujer, cómplice de él y ligada a él por un secreto, se arrepentía y, aunque imposibilitada para impedir cualquier atentado contra la víctima, se había decidido a prevenir su muerte, si era posible, haciendo intervenir a tiempo al médico? La idea de que tales cosas ocurrieran a dos millas de la ciudad le parecía absurda. Ahora bien, su primera impresión, esto es, de que la mente de la mujer se hallaba desordenada, acudía otra vez; y como era el único modo de resolver el problema, se aferró a la idea de que aquella



VANESSA LISBETH VEGA PÉREZ, 8 AÑOS, MICHOACÁN

ERI ANDREA MAYA FRANCO, 12 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO

mujer estaba loca. Ciertas dudas acerca de este punto, no obstante, le asaltaron durante una pesada noche sin sueño, en el transcurso de la cual, y a despecho de todos sus esfuerzos, no pudo expulsar de su imaginación perturbada aquel velo negro.

La parte más lejana de Walworth, aun hoy, es un sitio aislado y miserable. Pero hace treinta y cinco años era casi en su totalidad un descampado habitado por gente diseminada y de carácter dudoso, cuya pobreza les prohibía aspirar a un mejor vecindario, o bien, cuyas ocupaciones y maneras de vivir hacían esta soledad deseable. Muchas de las casas que allí se construyeron vieron la luz en años posteriores; y la mayoría de las que entonces existían, esparcidas aquí y allá, eran del más tosco y miserable aspecto.

La apariencia de los lugares por donde el joven cirujano pasó a la mañana siguiente, no levantaron su ánimo ni disiparon su ansiedad. Saliendo del camino, tenía que cruzar terrenos deshabitados y fangosos, e irregulares callejuelas. Algún infortunado árbol y algún hoyo de agua estancada, sucio de lodo por la lluvia, orillaban el camino. Y a intervalos, un raquítico jardín, con algunos tableros viejos sacados de alguna casa de verano, y una vieja empalizada arreglada con estacas robadas de los setos vecinos, daban testimonio de la pobreza de sus habitantes y de los escasos escrúpulos que tenían para apropiarse de lo ajeno. En ocasiones, una mujer de aspecto enfermizo aparecía a la puerta de una sucia casa, para vaciar el contenido de algún utensilio de cocina en la alcantarilla de enfrente, o para gritarle a una muchacha en chancletas que había proyectado escaparse, con paso vacilante, con un niño pálido, casi tan grande como ella. Pero apenas si se movía nada por aquellos alrededores. Y todo el panorama ofrecía un aspecto solitario y tenebroso, de acuerdo con los objetos que hemos descrito.

Después de afanarse a través del barro, de realizar varias pesquisas acerca del lugar que se le había indicado, recibiendo otras tantas

STEPHANIE JOSELIN RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 10 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO

respuestas contradictorias, el joven cirujano llegó por fin a la casa. Era baja, de aspecto desolado. Una vieja cortina amarilla ocultaba una puerta de cristales al final de unos peldaños y los postigos estaban entornados. La casa se hallaba separada de las demás y, como estaba en un rincón de una corta callejuela, no se veía otra por los alrededores.

Si decimos que el cirujano dudaba y que anduvo unos pasos más allá de la casa antes de dominarse y levantar el llamador de la puerta, no diremos nada que tenga que provocar la sonrisa en el rostro del lector más audaz. La policía de Londres, por aquel tiempo, era un cuerpo muy diferente del de hoy día; la situación aislada de los suburbios, cuando la fiebre de la construcción y las mejoras urbanas no habían empezado a unirlos a la ciudad y sus alrededores, convertían a varios de ellos, y a éste en particular, en un sitio de refugio para los individuos más depravados.

STEPHANIE JOSELIN RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, 10 AÑOS, ATIZAPÁN, ESTADO DE MÉXICO

Aún las calles de la parte más alegre de Londres se hallaban entonces mal iluminadas. Los lugares como el que describimos estaban abandonados a la luna y las estrellas. Las probabilidades de descubrir a los personajes desesperados, o de seguirles el rastro hasta sus madrigueras, eran escasas y, por tanto, sus audacias crecían; y la conciencia de una impunidad cada vez se hacía mayor por la experiencia cotidiana. Añádanse a estas consideraciones que el joven cirujano había pasado algún tiempo en los hospitales de Londres; y si bien ni un Burke ni un Bishop habían alcanzado todavía su gran notoriedad, sabía, por propia observación, cuán fácilmente las atrocidades pueden ser cometidas. Sea como fuere, cualquiera que fuese la reflexión que le hiciera dudar, lo cierto es que dudó; pero siendo un hombre joven, de espíritu fuerte y de gran valor personal, sólo titubeó un instante. Volvió atrás y llamó con suavidad a la puerta.

Enseguida se oyó un susurro, como si una persona, al final del pasillo, conversase con alguien del rellano de la escalera, más arriba. Después se oyó el ruido de dos pesadas botas y la cadena de la puerta fue levantada con suavidad. Allí vio a un hombre alto, de mala facha, con el pelo negro y una cara tan pálida y desencajada como la de un muerto; se presentó, diciendo en voz baja:

—Entre, señor.

Entró. Después de colocar nuevamente la cadena, el hombre le condujo hasta una pequeña sala interior, al final del pasillo.

—¿He llegado a tiempo?

—Demasiado temprano —replicó el hombre.

El cirujano miró a su alrededor, con un gesto de asombro.

Al darse cuenta el hombre, evidentemente, de la situación, dijo:

—Al llegar hasta aquí, no tardará ni siquiera cinco minutos, se lo aseguro.

Introdujo al cirujano en la habitación, cerró la puerta y lo dejó solo. Era un cuarto pequeño, sin otros muebles que dos sillas y una mesa de pino. Un débil fuego ardía en el brasero; fuego inútil para la humedad de las paredes. La ventana, rota y con parches en todos lados, daba a una pequeña habitación con suelo de tierra y casi toda cubierta de agua. No se oían ruidos, ni dentro, ni fuera. El joven doctor tomó asiento cerca del fuego, en espera del resultado de su primera visita profesional.

No habían transcurrido muchos minutos cuando percibió el ruido de un coche que se aproximaba y poco después se detenía. Abrieron la puerta de la calle, oyó luego una conversación en voz baja, acompañada de un ruido confuso de pisadas por el corredor y las escaleras, como si dos o tres hombres llevasen algún cuerpo pesado al piso de arriba. El crujir de los escalones, momentos después, indicó que los recién llegados, habiendo acabado su tarea, cualquiera que fuese, abandonaban la casa. La puerta se cerró de nuevo y volvió a reinar el silencio.

BRIANDA DENNIS OLVERA VILLANUEVA, 11 AÑOS, MORELOS

MARÍA GUADALUPE RINCÓN DÍAZ, 9 AÑOS, QUERÉTARO

Pasaron otros cinco minutos y, el cirujano se disponía a explorar la casa en busca de alguien, cuando se abrió la puerta del cuarto y su visitante de la pasada noche, vestida exactamente como en aquella ocasión, con el velo bajado como entonces, le invitó por medio de señas a que le siguiera. Su gran estatura, añadida a la circunstancia de no pronunciar una palabra, hizo que por un momento, la idea de que podría tratarse de un hombre disfrazado de mujer, se estableciera en su mente. Sin embargo, los histéricos sollozos que salían por debajo del velo y su actitud de pena, lo hicieron desechar esta sospecha; y él, la siguió sin vacilar.

La mujer subió la escalera y se detuvo en la puerta de la habitación para dejarle entrar primero. Apenas si estaba amueblada con una vieja arca de pino, unas pocas sillas y un armazón de cama con dosel, sin colgaduras, cubierto con una colcha remendada. La luz mortecina que dejaba pasar la cortina que él había visto desde fuera, hacía que los objetos de la habitación se distinguieran confusamente, hasta el punto de no poder percibir aquello sobre lo cual sus ojos reposaron al principio. En esto, la mujer se adelantó y se puso de rodillas al lado de la cama.

Tendida sobre ésta, muy acurrucada en una sábana cubierta con unas mantas, una forma humana yacía sobre el lecho, rígida e inmóvil. La cabeza y la cara se hallaban descubiertas, excepto una venda que le pasaba por la cabeza y por debajo de la barbilla. Tenía los ojos cerrados. El brazo izquierdo estaba extendido pesadamente sobre la cama. La mujer le tomó una mano. El cirujano, rápido, apartó a la mujer y tomó esta mano.

—¡Por Dios! —exclamó, dejándola caer involuntariamente—. ¡Este hombre está muerto!

La mujer se puso en pie vivamente y estrechó sus manos.

—¡Oh, doctor, no diga eso! —exclamó con un estallido de pasión cercano a la locura—. ¡No diga eso porque no podría sopor-

tarlo! Algunos han podido volver a la vida cuando los daban por muertos. ¡No le deje, doctor, usted debe hacer un esfuerzo para salvarlo! En estos instantes la vida huye de él. ¡Inténtelo, señor, por todos los santos del cielo! —y hablando así, frotaba la frente y el pecho de aquel cuerpo sin vida; y enseguida golpeaba con frenesí las frías manos que, al dejar de retenerlas, volvieron a caer, indiferentes y pesadas, sobre la colcha.

—Esto no servirá de nada, buena mujer —dijo el cirujano suavemente, mientras le apartaba la mano del pecho de aquel hombre—. ¡Descorra la cortina!

—¿Pero por qué? —preguntó la mujer, levantándose con sobresalto.

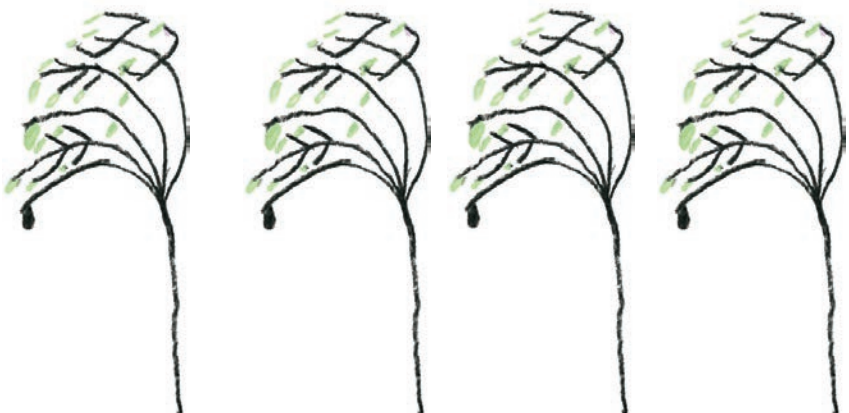
—¡Descorra la cortina! —repitió el cirujano con voz agitada.

—Oscurecí la habitación expresamente —dijo la mujer, poniéndose delante, mientras él se levantaba para hacerlo—. ¡Oh, por favor, tenga compasión de mí! Si no tiene remedio; si está realmente muerto, ¡no exponga su cuerpo a otros ojos que los míos!

—Este hombre no ha muerto de muerte natural —observó el cirujano—. Es preciso ver su cuerpo.

Y con vivo ademán, tanto que la mujer apenas se dio cuenta de que se había alejado, abrió la cortina de par en par, y a plena luz, regresó al lado de la cama.

—Ha habido violencia —dijo señalando al cuerpo y examinando atentamente el rostro de la mujer, cuyo velo negro, por primera vez, se hallaba subido. En la excitación anterior se había quitado la cofia y el velo y ahora se encontraba delante de él, de pie, mirándole fija-



MARÍA GUADALUPE RINCÓN DÍAZ, 9 AÑOS, QUERÉTARO

JUDITH VALERIA DÍAZ CASTILLO, 10 AÑOS, CHIHUAHUA

mente. Sus facciones eran las de una mujer de unos cincuenta años, y demostraban que había sido guapa. Penas y lágrimas dejaron en ella un rastro que los años, por sí solos, no hubieran podido dejar. Tenía la cara muy pálida. Y el temblor nervioso de sus labios, además del fuego de su mirada, demostraban que todas sus fuerzas físicas y morales se hallaban anonadadas bajo un cúmulo de miserias.

—Aquí ha habido violencia —repitió el cirujano, evitando aquella mirada.

—¡Sí, violencia! —repitió la mujer.

—Este hombre ha sido asesinado.

—Pongo a Dios por testigo de que así ha sucedido —exclamó la mujer con convicción—. ¡Cruel, e inhumanamente asesinado!

—¿Por quién? —preguntó el cirujano, aferrando a la mujer por los brazos.

—Mire las señales de sus carniceros y luego pregúnteme —replicó ella.

El cirujano volvió el rostro hacia la cama y se inclinó sobre el cuerpo que ahora yacía sin vida iluminado por la luz de la ventana. El cuello estaba hinchado, con una señal rojiza a su alrededor. Como un relámpago, se le presentó la verdad.

—¡Es uno de los hombres que han sido ahorcados esta mañana! —exclamó volviéndose con un estremecimiento.

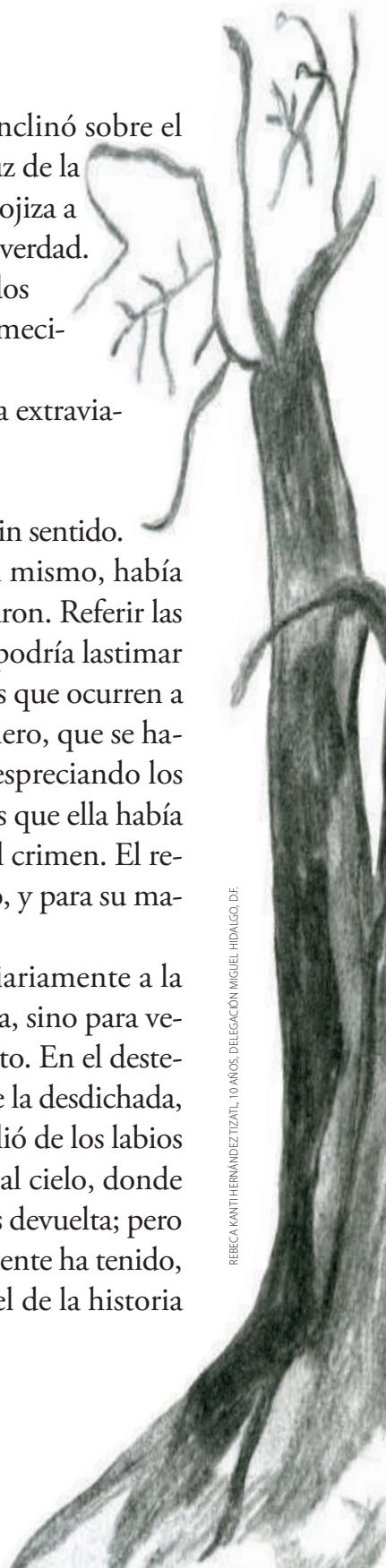
—¡Sí, así fue! —replicó la mujer con una mirada extraviada e inexpresiva.

—¿Quién era?

—Mi hijo —añadió la mujer, cayendo a sus pies sin sentido.

Era verdad. Un cómplice, tan culpable como él mismo, había sido absuelto, mientras a él lo condenaron y ejecutaron. Referir las circunstancias del caso, ya lejano, es innecesario y podría lastimar a personas que aún viven. Era una historia como las que ocurren a diario. La mujer era una viuda sin relaciones ni dinero, que se había privado de todo para dárselo a su hijo. Éste, despreciando los ruegos de su madre, y sin acordarse de los sacrificios que ella había hecho por él, se había hundido en la disipación y el crimen. El resultado era éste: la muerte, por la mano del verdugo, y para su madre la vergüenza y una locura incurable.

Durante varios años, el joven cirujano visitó diariamente a la pobre loca. Y no sólo para calmarla con su presencia, sino para velar, con mano generosa, por su comodidad y sustento. En el destello fugaz de su memoria que precedió a la muerte de la desdichada, un ruego por el bienestar y dicha de su protector salió de los labios de la pobre criatura desamparada. La oración voló al cielo, donde fue oída, y la limosna que él dio, le ha sido mil veces devuelta; pero entre los honores y las satisfacciones que merecidamente ha tenido, no conserva recuerdo más grato a su corazón que el de la historia de la mujer del velo negro.



REBECA KANTI HERNÁNDEZ TIZATL, 10 AÑOS, DELEGACIÓN MIGUEL HIDALGO, D.F.

PAOLA JUDITH TAVERA MENDOZA, 12 AÑOS, GUANAJUATO

El juicio por asesinato

Han pasado ya algunos años desde que se cometió en Inglaterra un asesinato que atrajo poderosamente la atención pública. En nuestro país se oye hablar con bastante frecuencia de asesinos que adquieren una triste celebridad. Pero yo hubiese enterrado con gusto el recuerdo de aquel hombre feroz de haber podido sepultarlo tan fácilmente como su cuerpo lo está en la prisión de Newgate. Advierto, desde luego, que omito deliberadamente hacer aquí alusión alguna a la personalidad de aquel hombre.

Cuando el asesinato fue descubierto, nadie sospechó —o, mejor dicho, nadie insinuó públicamente acusación alguna— del hombre que después fue procesado. Por la circunstancia antes expresada, los periódicos no pudieron, naturalmente, publicar en aquellos días descripciones del criminal. Es esencial que se recuerde este hecho.

Al abrir, durante el desayuno, mi periódico matutino, que contenía el relato del descubrimiento del crimen, lo encontré muy interesante y lo leí con atención. Volví, incluso, a leerlo otra vez, o quizá dos veces más. El descubrimiento había tenido lugar en un dormitorio. Cuando dejé el diario tuve la impresión, fugaz, como un relámpago, de que veía pasar ante mis ojos lo acontecido en aquella alcoba. Semejante visión, aunque instantánea, fue clarísima, tanto que hasta pude observar, con alivio, la ausencia del cadáver en el lecho mortuorio.

Esta curiosa sensación no se produjo en ningún lugar misterioso, sino en una de las vulgares habitaciones de Piccadilly en que me alojaba, próxima a la esquina de St. James Street. Y fue una experiencia nueva en mi vida.

EDUARDO SERAFÍN ESPINOZA, 12 AÑOS, CHIHUAHUA

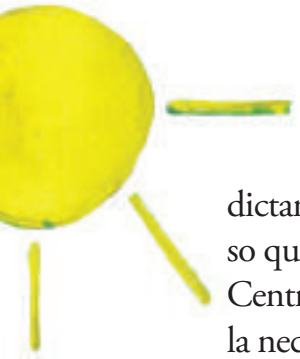
En aquel instante me hallaba sentado en mi butaca, y la visión fue acompañada de un estremecimiento tan fuerte, que la desplazó del lugar en que se encontraba; si bien procede advertir que las patas de la butaca terminaban en sendas ruedecillas. A continuación me acerqué a una ventana (la habitación, situada en un segundo piso, tenía dos) a fin de tranquilizarme con la visión del animado tráfago de Piccadilly. Era una luminosa mañana de otoño y la calle se extendía ante mí resplandeciente y animada. Soplaba un fuerte viento. Al asomarme, el viento acababa de levantar numerosas hojas caídas en el parque, elevándolas y formando con ellas una columna en espiral. Cuando la columna se derrumbó y las hojas se dispersaron, vi a dos hombres en el lado opuesto de la calle, caminando de oeste a este. Uno caminaba a unos pasos delante del otro. El primero miraba con frecuencia hacia atrás, por encima del hombro. El segundo lo seguía a una distancia de unos treinta pasos, con la mano derecha levantada amenazadoramente. Al principio, la singularidad de tal actitud en una avenida tan frecuentada atrajo mi atención, pero en seguida se desvió hacia otra y más notable particularidad: nadie reparaba en ellos. Ambos hombres se movían entre los demás peatones con una suavidad increíble, aun sobre aquel pavimento tan liso, y nadie, según pude observar, los rozaba, los miraba o les abría paso. Al llegar ante mi ventana los dos dirigieron su mirada hacia mí. Entonces distinguí sus rostros con toda claridad y me di cuenta de que podría reconocerlos en cualquier parte; no es que yo haya apreciado, al menos concientemente, nada de extraordinario en sus rostros, excepto el detalle de que el hombre que iba en primer lugar tenía un aspecto muy abatido y que la faz de su perseguidor era del mismo tono de la cera sin refinar.

Soy soltero y mi mayordomo es todo cuanto tengo. Trabajo en la filial de un banco, como jefe de departamento, y debo agregar sinceramente el deseo de que mis deberes fuesen tan leves como la

YESSICA GUZMÁN GUZMÁN, 11 AÑOS, GUANAJUATO

gente supone. Lo digo porque esos deberes me retenían en la ciudad aquel otoño, a pesar de hallarme muy necesitado de reposo y de un cambio de ambiente. No estaba enfermo tampoco, pero no me encontraba bien. El lector puede sacar conclusiones de mi estado si le digo que me sentía cansado, deprimido por la sensación de llevar una vida monótona, hastiado. Mi médico, hombre de mucho prestigio profesional, me aseguró, a requerimiento mío, que éste era mi verdadero estado de salud en aquella época; que no padecía ninguna enfermedad ni grave depresión, y yo cito sus palabras al pie de la letra.

A medida que las circunstancias del asesinato iban intrigando gradualmente al público, yo procuraba alejarlas de mi cerebro tanto como era posible alejar un objeto del interés y comentarios generales. Supe que se había dictado un veredicto previo de asesinato con premeditación y alevosía contra el presunto criminal, y que éste había sido conducido a Newgate para que estuviese presente cuando se



YESSICA GUZMÁN GUZMÁN, 11 AÑOS, GUANAJUATO

dictara sentencia definitiva. Me enteré, igualmente, de que el proceso quedaba aplazado para una de las próximas audiencias de la Sala Central de lo Criminal, fundándose en algún precepto de la Ley y en la necesidad de dejar tiempo al abogado para preparar la defensa. Es posible también que yo me enterase, aunque creo que no, de la fecha exacta o aproximada en que debía celebrarse la vista de la causa.

Mi sala de estar, dormitorio y tocador se encuentran en el mismo piso. La última de dichas habitaciones sólo tiene entrada por el dormitorio. Cierto que tiene también una puerta que da a la escalera, pero, en el tiempo que nos ocupa, hacía años ya que mi baño la obstruía, por tanto la habíamos inutilizado, cubriéndola de arpillera claveteada.

Una noche, a hora bastante avanzada, estaba yo en mi habitación, dando instrucciones al mayordomo antes de acostarme; la puerta que comunicaba con el cuarto de baño situado frente a mí, estaba cerrada. Mi criado daba la espalda a la puerta. Y sorpresivamente la puerta se abrió de repente y apareció un hombre que reconocí en el acto y que me hizo una misteriosa señal. Era el segundo de los dos tipos que caminaban aquel día en Piccadilly, el que tenía la cara del color de la cera sin refinar.

Después de hacerme señas para que me acercara, la figura retrocedió y cerró la puerta de nuevo. Rápidamente me acerqué a la puerta del tocador, la abrí y miré. Yo tenía en la mano una vela encendida. No esperaba encontrar a nadie allí, y, en efecto, no encontré a nadie.

Comprendiendo que mi criado estaba sorprendido, me volví hacia él y le dije:

—¿Creería usted, Derrick, que a pesar de encontrarme en la plenitud de mis facultades he imaginado ver...?

Al hablar, apoyé mi mano en su hombro. Con un repentino sobresalto, él exclamó:

—¡Oh, Dios mío, sí! Ha visto usted a un muerto que le hacía señales.

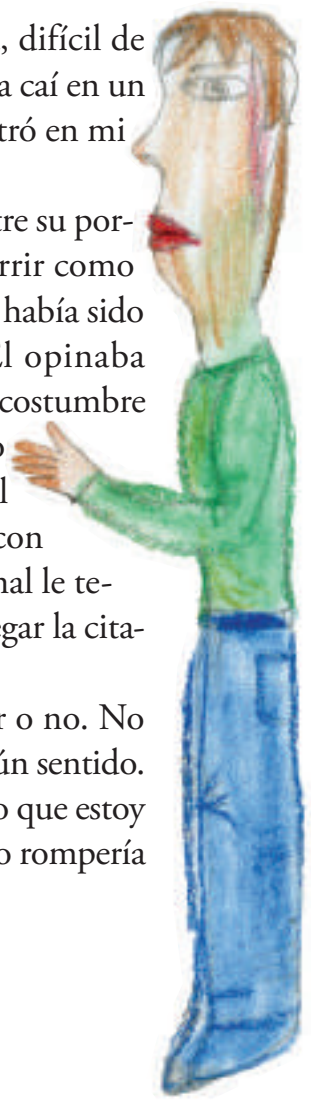
No creo que Juan Derrick, devoto y honrado servidor mío durante más de veinte años, hubiese captado la situación antes de que yo lo tocase. Su reacción, cuando apoyé mi mano sobre su pecho, fue tan súbita, que albergó la firme certeza de que fue eso lo que le provocó tal espanto.

Pedí a Derrick que me trajese coñac, le ofrecí una copa y yo tomé otra. No le dije ni una palabra sobre lo que me había sucedido anteriormente. Me sentía seguro de no haber visto nunca aquel rostro fantasmal, salvo la mañana de Piccadilly.

Pasé la noche muy inquieto, aunque con la certeza, difícil de explicar, de que la figura no aparecería. Al apuntar el día caí en un pesado sueño, del que me despertó Derrick cuando entró en mi habitación con un papel en la mano.

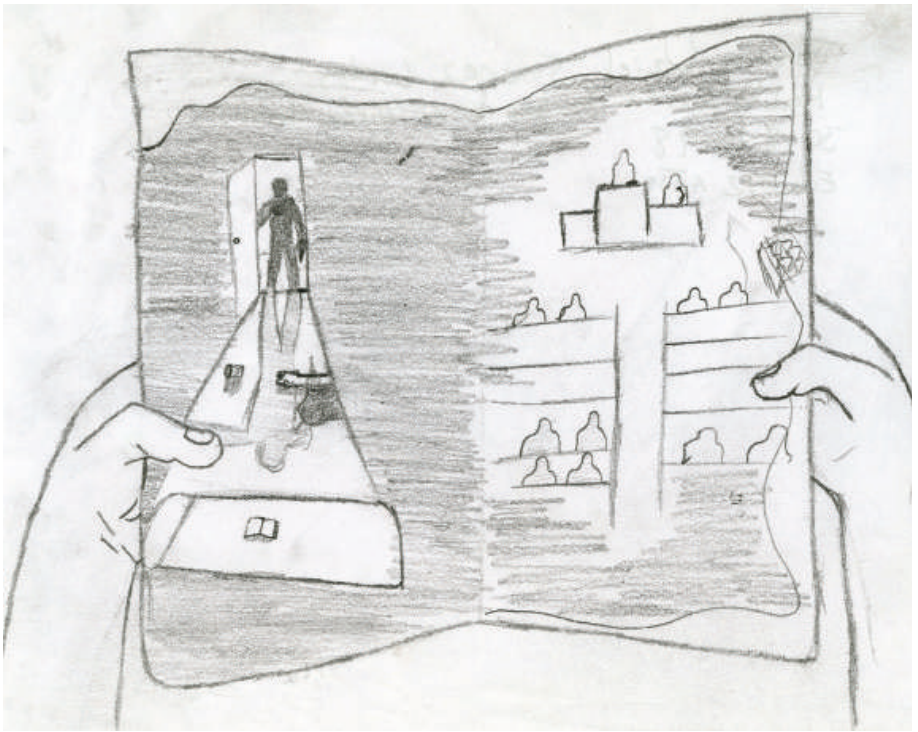
Aquel papel había motivado una ligera discusión entre su portador y mi leal sirviente. Era una citación para concurrir como jurado a una próxima sesión de la Audiencia. Yo nunca había sido requerido como jurado, y Juan Derrick lo sabía. Él opinaba —aún hoy no sé si con la debida razón o no— que era costumbre nombrar jurados a personas de menor categoría que yo y no quiso, en consecuencia, aceptar la citación. El hombre que la llevaba tomó la negativa de mi criado con frialdad y dijo que mi presencia o ausencia en el tribunal le tenían sin cuidado, y que su cometido se limitaba a entregar la citación.

Durante un par de días estuve indeciso entre asistir o no. No sentí, en verdad, la menor influencia misteriosa en ningún sentido. Estoy tan absolutamente seguro de esto como de todo lo que estoy narrando. Por último, resolví asistir, ya que de este modo rompería la monotonía de mi vida.



PAOLA JUDITH TAVERA MENDOZA, 12 AÑOS, GUANAJUATO

JONATHAN URIEL JIMÉNEZ CORTÉS, 12 AÑOS, MORELOS



La mañana de la cita resultó ser una muy cruda del mes de noviembre. En Piccadilly había una densa niebla que se oscurecía por momentos hasta adquirir una negrura opresiva.

Cuando llegué al Palacio de Justicia, encontré los pasillos y escaleras que conducían a la sala del tribunal iluminados por luces de gas. La sala estaba alumbrada de igual modo. Creo sinceramente que hasta que no fui conducido a dicho lugar y contemplé la concurrencia que se apiñaba allí, no estaba conciente realmente del juicio que iba a iniciarse aquel día. Incluso me parece que hasta que, no sin considerables dificultades por el mucho gentío, fui introducido en la sala de lo criminal, ignoré si se me citaba a ésta o a otra. Pero lo que ahora señalo no debe considerarse como una afirmación positiva, porque este extremo no está suficientemente aclarado en mi mente.

Me senté en el lugar de los jurados y, mientras esperaba, contemplé la sala a través del espeso vapor mixto de niebla y vaho de respiraciones que constituía su atmósfera. Observé la negra bruma que se cernía, como sombrío cortinón, más allá de las ventanas, y escuché el rumor de las ruedas de los vehículos sobre la paja o el serrín que alfombraba el pavimento de la calle. Oí también el murmullo de la concurrencia, sobre el que a veces se elevaba alguna palabra más fuerte, alguna exclamación en voz alta, algún agudo silbido. Poco después entraron los magistrados, que eran dos, y ocuparon sus asientos. Se acalló el rumor en la sala, y se dio la orden de hacer comparecer al acusado. En el mismo instante en que se presentó lo reconocí como el primero de los dos hombres que yo viera caminando por Piccadilly.

Si mi nombre hubiese sido pronunciado en aquel instante, creo que no hubiese tenido ánimos para responder. Pero como lo mencionaron en sexto u octavo lugar, me encontré con fuerzas para contestar: "¡Presente!"

Y ahora, lector, fíjese en lo que sigue. Apenas hube ocupado mi lugar, el preso, que nos estaba mirando a todos con fijeza, pero sin dar muestras de interés particular, experimentó una agitación violenta e hizo una señal a su abogado. Tan manifiesto era el deseo del acusado de que me sustituyesen, que ello provocó una pausa, en el curso de la cual el defensor, apoyando la mano en la barra, cuchicheó con su defendido, moviendo la cabeza. Supe luego —por el propio abogado— que las primeras y presurosas palabras del acusado habían sido éstas: "Haga sustituir a ese hombre a como dé lugar". Pero, al no alegar razón alguna para ello, y reconociendo que no me conocía ni había oído mi nombre hasta que lo pronunciaron en la sala, no fue atendido su deseo.

Como no deseo avivar la memoria de la gente respecto a aquel asesino, y también porque no es indispensable para mi relato na-

EDUARDO SERAFÍN ESPINOZA, 12 AÑOS, CHIHUAHUA

rrar en detalle los incidentes del largo proceso, me limitaré a citar las particularidades que nos acontecieron a los jurados y a mí durante los diez días, con sus noches, en que estuvimos juntos. Mencionaré, sobre todo, las curiosas experiencias personales que atravesé. Es en este aspecto, y no en el del asesino, sobre lo que quiero despertar el interés del lector.

Me designaron presidente del jurado. En la segunda mañana del proceso, después de invertir más de dos horas en la presentación de pruebas —lo podía saber porque escuchaba las campanadas del reloj de una iglesia—, habiéndoseme ocurrido dirigir la mirada a mis compañeros de jurado, encontré una inexplicable dificultad en contarlos. Los enumeré varias veces y siempre con la misma dificultad. En resumen, contaba uno de más.

Toqué suavemente al jurado más próximo a mí y le susurré:

—Hágame el favor de contarnos.

Él, aunque pareció sorprendido por la petición, volvió la cabeza y nos contó a todos.

—¡Somos trece! —exclamó—. No, no es posible. Uno, dos... Somos doce.

A través de mis cálculos de aquel día saqué en limpio que éramos siempre doce si se nos enumeraba individualmente, pero en grupo siempre se contaba uno de más. Alguien, en conjunto, se nos agregaba con insistencia, y yo sabía de quién se trataba.

Nos alojaron en la London Taverns. Dormíamos todos en un amplio aposento, en camas individuales, y estábamos constantemente atendidos y vigilados por un funcionario. No veo razón alguna para omitir el verdadero nombre de aquel funcionario. Era un hombre inteligente, amabilísimo, cortés y muy respetado. Tenía una agradable apariencia, bellos ojos, patillas envidiablemente negras y voz agradable y bien timbrada. Se llamaba Harker.

Nos acostamos en nuestros respectivos espacios. La cama de Harker estaba colocada transversalmente ante la puerta. La segunda noche, sin sentir deseos de dormir, vi que Harker permanecía sentado en su cama, me acerqué a él, me senté a su lado y le ofrecí un poco de tabaco. Su mano rozó la mía al tocar la tabaquera y en el acto le agitó un estremecimiento y exclamó:

—¿Qué es eso?

Siguiendo la dirección de su mirada divisé a quien esperaba ver: el segundo de los hombres de Piccadilly. Me incorporé, anduve unos cuantos pasos, me paré y miré a Harker. Éste, que ya no sentía la menor turbación, me dijo con toda naturalidad, riendo:

—Me había parecido por un momento que había un jurado de más, aunque sin cama. Pero fue quizá el efecto de la luz de la luna lo que me confundió.

Sin hacer revelación alguna al señor Harker, me limité a proponerle que diéramos un paseo de un extremo a otro de la habitación. Mientras andábamos procuré vigilar los movimientos de la misteriosa figura. Ésta se detenía por unos instantes a la cabecera de cada uno de mis once compañeros de jurado, acercándose mucho a la almohada. Seguía siempre el lado derecho de cada cama, y cruzaba ante los pies para dirigirse a la siguiente. Por los movimientos de su cabeza parecía que se limitaba a mirar, pensativo, a cada uno de los que descansaban. No reparó en mí ni en mi lecho, que era el más próximo al rayo de luz lunar que penetraba por una ventana alta. Aquella figura desapareció como por una escalera aérea. Por la mañana, al desayunar, resultó que todos habían soñado con la víctima del crimen, excepto Harker y yo.

Acabé por quedar convencido de que el segundo de los hombres que yo viera en Piccadilly —si podía aplicársele la expresión "hombre"— era el asesinado, persuasión que tuve mediante su testimonio directo. Pero esto sucedió de una manera para la cual yo no estaba preparado.

YESSICA GUZMÁN GUZMÁN, 11 AÑOS, GUANAJUATO

En el quinto día del juicio, cuando iba a cerrarse el capítulo de cargos, fue mostrada una miniatura del asesinado que se había echado de menos en el lugar del crimen, encontrándose después en un lugar recóndito donde el asesino había estado practicando una fosa. Una vez identificada por los testigos, fue pasada al tribunal y examinada por el jurado. Mientras un funcionario con una toga negra se aproximaba a nosotros con el retrato, la figura del hombre que yo viera en segundo lugar en Piccadilly surgió impetuosamente de entre la multitud, arrebató la miniatura de manos del funcionario y la puso en las mías al tiempo que me decía con su voz cavernosa, y antes de que yo pudiera ver la imagen, todavía en su estuche:

—Yo era entonces más joven y la sangre no había desaparecido de mi rostro como ahora.

Luego la aparición se situó entre mi persona y la del siguiente jurado a quien yo había de entregar la miniatura, y a continuación entre éste y el otro jurado, y así sucesivamente hasta que el objeto volvió a mi poder. Ninguno, salvo yo, reparó en la aparición.

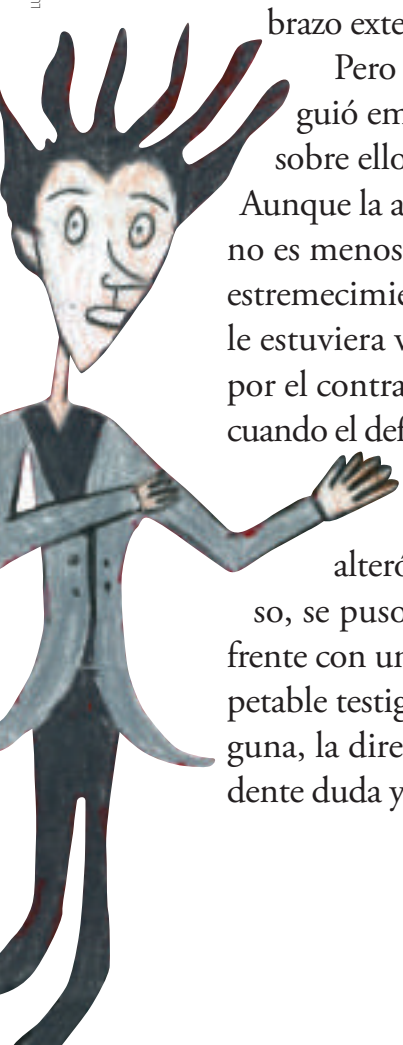
Cuando nos sentábamos a la mesa y, en general, siempre que nos encerrábamos juntos bajo la custodia del señor Harker, los componentes del jurado discutíamos mucho acerca del asunto que nos ocupaba. En aquel quinto día, terminado el capítulo de cargos y teniendo, por lo tanto, este lado de la cuestión completamente claro ante nosotros, nuestra discusión se hizo más reflexiva y seria. Figuraba entre nosotros un sacristán —el hombre más obtuso que he visto en mi vida— que planteaba las objeciones más absurdas a las evidencias más claras, apoyado por dos hombres de poco carácter que le conocían por frecuentar su parroquia. Por cierto que aquellas gentes pertenecían a un distrito tan castigado por las fiebres epidémicas, que más bien debían haber solicitado un proceso contra ellas como causantes de quinientos asesinatos, por lo menos. Cuando

PABLO EMILIO NOPALA ABRIN, 12 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

aquellos testarudos se hallaban en la cúspide de su elocuencia, que fue hacia medianoche, y todos nos disponíamos a abandonarlos e irnos a la cama, volvía a ver al hombre asesinado. Se detuvo detrás de ellos y me hizo una señal. Al acercarme a aquellos hombres e intervenir en su conversación, lo perdí de vista. Éste fue el principio de una serie interminable de apariciones, limitadas por entonces al vasto aposento en que el jurado se hallaba reunido. En cuanto varios se agrupaban para hablar, yo veía surgir entre ellos la cabeza del asesinado. Siempre que los comentarios lo desfavorecían, me hacía imperiosos e irresistibles signos para que lo defendiera.

Téngase en cuenta que desde el quinto día, cuando se exhibió la miniatura, yo no había vuelto a ver la aparición en la sala del juicio. Tres novedades se produjeron en esta situación tan pronto como entramos en el tribunal para oír el alegato de la defensa. En primer lugar mencionaré juntos dos de ellos. La figura permanecía conti-

nuamente en la sala y no me miraba nunca; dedicaba su atención a la persona que estaba hablando en el momento. El asesinato se había cometido mediante el degüello de la víctima, y en el curso de la defensa se insinuó la posibilidad de que se tratase no de un crimen, sino de suicidio. En aquel instante, la aparición, colocándose ante los mismos ojos del defensor, y situando la garganta en la horrible postura en que fuera descubierta, comenzó a accionar ante la tráquea, ora con la mano derecha, ora con la izquierda, como para sugerir al abogado la imposibilidad de que semejante herida pudiese ser causada por la víctima. La segunda novedad consistió en que, habiendo comparecido como testigo de descargo una mujer respetable, que afirmó que el asesino era el mejor de los hombres, la aparición se plantó ante ella, mirándola al rostro, y señaló con el brazo extendido la mala catadura del asesino.



LUIS EDUARDO BEDOLLA ESTRADA, 11 AÑOS, GUANAJUATO

Pero fue la tercera de las aludidas novedades la que consiguió emocionarme con más intensidad. No trato de teorizar sobre ello: me limito a someterlo a la consideración del lector. Aunque la aparición no era vista por la persona a quien se dirigía, no es menos cierto que tal persona sufría invariablemente algún estremecimiento o desasosiego súbito. Me parecía que a aquel ser le estuviera vedado, por leyes desconocidas, hacerse visible, pero por el contrario podía influir sobre sus mentes. Así, por ejemplo, cuando el defensor expuso la hipótesis de una muerte voluntaria y la aparición se situó ante él realizando aquel lúgubre simulacro de degüello, es innegable que el defensor se alteró, perdió por unos instantes el hilo de su hábil discurso, se puso extremadamente pálido y hasta hubo de secarse la frente con un pañuelo. Y cuando la aparición se colocó ante la respetable testigo de descargo, los ojos de ésta siguieron, sin duda alguna, la dirección indicada por el fantasma y se fijaron, con evidente duda y titubeo, en el rostro del acusado.

Bastarán, para que el lector se haga cargo completo de todo, dos detalles más. El octavo día de las sesiones, tras una pausa que hacía diariamente a primera hora de la tarde para descansar y tomar algún alimento, yo regresé a la sala con los demás jurados poco antes que los jueces. Al instalarme en mi asiento y mirar en torno, no distinguí la aparición, hasta que, alzando los ojos hacia la tribuna, vi al espectro inclinarse por encima de una mujer de atractivo aspecto, como para asegurarse de si los magistrados estaban ya en sus sitiales o no. Inmediatamente, la mujer lanzó un grito, se desmayó y hubo que sacarla de la sala. Algo análogo sucedió con el respetable y prudente juez instructor que presidía las sesiones. Cuando la causa estuvo concluida y él comenzaba a ordenar los autos correspondientes, el hombre asesinado, entrando por la puerta de los jueces, se acercó al pupitre y por encima de su hombro miró los papeles que hojeaba el magistrado. En el rostro del magistrado se produjo un cambio, su mano se detuvo, su cuerpo se estremeció con el peculiar temblor que yo conocía tan bien, y al fin hubo de murmurar:

—Perdónenme unos momentos, señores. Este aire tan viciado me ha producido cierta opresión...

No se repuso hasta después de beber un vaso de agua.

A través de la monotonía de seis de aquellos interminables días, siempre los mismos jurados y jueces en el estrado, el mismo asesino en el banquillo, los mismos letrados en la barra, las mismas preguntas y respuestas elevándose hacia el techo de la sala, el mismo raspar de la pluma del juez, los mismos oficiales entrando y saliendo, las mismas luces encendidas a la misma hora cuando el día había sido relativamente claro, la misma cortina de niebla fuera de la ventana cuando había bruma, la misma lluvia batiente y goteante cuando llovía, las mismas huellas de los pies de los celadores y del acusado sobre el serrín, las mismas llaves abriendo y cerrando las

ITXEL GUADALUPE VÁZQUEZ, 12 AÑOS, BAJA CALIFORNIA

mismas pesadas puertas; a través, repito, de aquella fatigosa monotonía que me llevaba a sentirme presidente de jurado desde una época remotísima, y me recordaba el episodio de Piccadilly como si se hubiera producido en tiempos contemporáneos a los de Babilonia, la figura del hombre asesinado no perdió ni un ápice de nitidez ante mis ojos. No debo omitir tampoco el hecho de que la aparición que designo con la expresión "el hombre asesinado" no fijó ni una sola vez la vista en el criminal. Yo me preguntaba repetidamente: "¿Por qué no lo mira?". Pero no lo miró.

Tampoco me miró a mí, desde el día en que se mostró la miniatura, hasta los últimos minutos de la vista, ya conclusa del todo la causa.

MARÍA JOSSELYN ARJONA CAMARGO, 10 AÑOS, CHIAPAS

Nos retiramos a estudiarla a las diez menos siete minutos de la noche. El necio sacristán y sus dos amigos nos originaron tantas complicaciones, que hubimos de volver dos veces a la sala para pedir que se nos releyesen los extractos de las notas del juez instructor. Ninguno de nosotros, y creo que nadie en la sala, tenía la menor duda sobre aquellos pasajes, pero el testarudo triunvirato, que no se proponía más que obstruir, discutía sobre ellos sólo por esta razón. Al fin prevaleció el criterio de los demás y el jurado volvió a la sala a las doce y diez.

Esta vez el muerto permanecía de cara al jurado en el extremo opuesto de la sala. Cuando me senté, sus ojos se fijaron en mí con gran detenimiento. El examen pareció dejarlo satisfecho, porque a continuación extendió lentamente, primero sobre su cabeza y luego sobre toda su figura, un amplio velo gris que llevaba al brazo por primera vez. Cuando yo emití nuestro veredicto de culpabilidad, el velo se dibujó, todo desapareció ante mis ojos, y el lugar que ocupaba el hombre asesinado quedó vacío.

El asesino, interrogado por el juez, como de costumbre, acerca de si tenía algo que alegar antes de que se pronunciase la sentencia, murmuró algunas confusas palabras que los periódicos del día siguiente calificaron de "breves frases titubeantes, incoherentes y casi ininteligibles, en las que pareció entenderse que se lamentaba de no haber sido condenado con justicia, ya que el presidente del jurado estaba predispuesto contra él". Pero la extraordinaria declaración que el acusado hizo en realidad fue ésta:

—Señoría: me constaba que yo era hombre perdido desde que vi sentarse en su puesto al presidente del jurado. Me constaba, Señoría, que no permitiría que saliese libre, porque, antes de detenerme, él, no sé cómo, penetró una noche en mi habitación, se acercó a mi cama, me despertó y me pasó una cuerda alrededor del cuello.

AURA ROCÍO CANO MORALES, 11 AÑOS, GUANAJUATO

MARÍA LUISA MACHAIN GARCÍA, 12 AÑOS, BAJA CALIFORNIA

RENATA TINOCO BOSCH, 6 AÑOS, BIBLIOTECA VASCONCELOS, D.F.

El letrado y el fantasma

Conocí a un hombre —déjenme ver— hará como cuarenta años, que alquiló un viejo, húmedo y humilde conjunto de despachos, que llevaban cerrados y vacíos muchísimos años, en uno de los edificios más antiguos de la ciudad. Corrían toda clase de historias sobre aquel lugar y, desde luego, ninguna de ellas era demasiado jovial. Sin embargo, aquel hombre era pobre y las habitaciones eran baratas, razón que a él le bastaba aunque hubiesen sido diez veces peores de lo que ya eran.

Ocurrió que este hombre se vio forzado a quedarse con algunos muebles desvencijados que habían quedado allí abandonados. Entre todos ellos, destacaba un enorme y pesado armario de vitrina como los que suelen utilizarse para archivar papeles. Tenía unas grandes puertas acristaladas, cubiertas en el interior por cortinas verdes. Ciertamente, se trataba de un cachivache bastante inútil para su nuevo dueño, puesto que éste no tenía papeles que guardar; en cuanto a su ropa, no tenía más que lo puesto y tampoco tenía necesidad de procurarse un lugar dónde colocarla.

Pues bien, ya había terminado de trasladar allí todos sus muebles —que no llegaron ni a ocupar un carro completo— y los había desperdigado por la habitación para hacer que aquellas cuatro sillas que tenía pareciesen una docena. Estaba aquella misma noche el hombre sentado frente al fuego pensando en los dos galones de whisky que había adquirido a crédito —y preguntándose si alguna vez llegaría a pagarlos y, en caso afirmativo, cuántos años tardaría en hacerlo—, cuando su mirada fue a posarse como por casualidad en las acristaladas puertas de la vitrina.

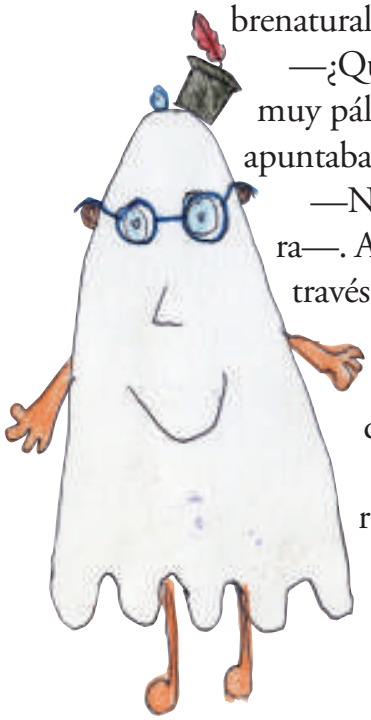
—Ah —suspiró—, si no me hubiese visto obligado a aceptar ese adefesio al precio que fijó el viejo casero, podría haber conseguido

algo mejor por ese dinero. Te diré lo que te habría pasado, viejo trasto. —No teniendo nadie con quien hacerlo, hablaba en voz alta a la vitrina—. Si no fuese por el gran esfuerzo que me costaría hacer pedazos tu vieja estructura, te utilizaría para alimentar el fuego.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un sonido que se asemejaba a un débil gemido pareció salir del interior del armario. Aquello le sobresaltó al principio pero, tras reflexionar unos instantes, pensó que debía de tratarse de algún jovenzuelo que hubiera entrado en el despacho contiguo, y que estuviese volviendo de cenar. Colocó los pies sobre la rejilla de la chimenea y tomó el atizador con intención de remover las brasas.

En ese momento volvió a escuchar el ruido, y se asustó. Al mismo tiempo, una de las puertas de cristal del armario comenzó a abrirse lentamente, dando paso a una figura pálida y demacrada, vestida con unos manchados ropajes hechos jirones y que permanecía muy erguida dentro de la vitrina.

Se trataba de una figura delgada y alta. Su rostro expresaba preocupación y angustia, pero había una apariencia de algo inefable en su tono de piel, en su extrema delgadez y en su aspecto sobrenatural.



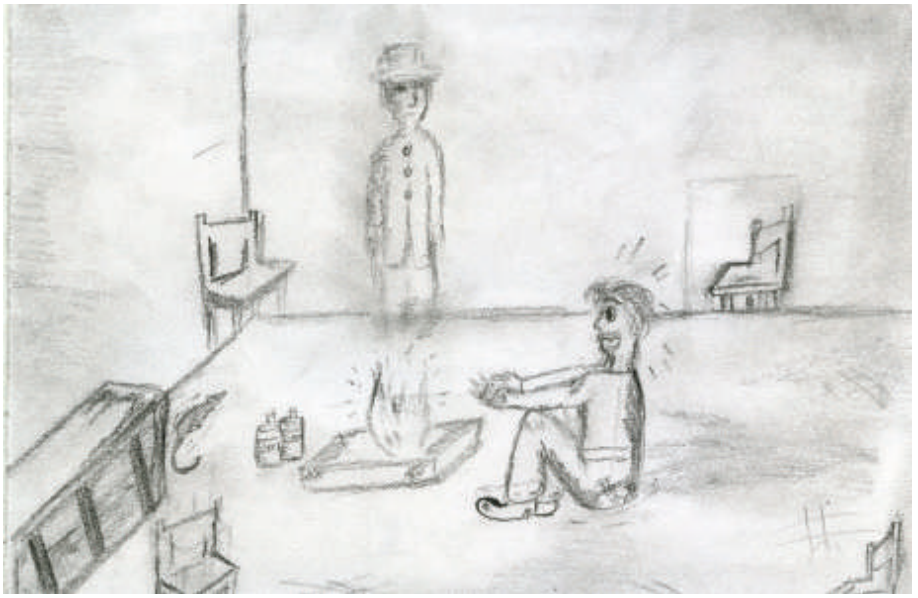
AARÓN ISRAEL ARANDA ISLAS, 8 AÑOS, DELEGACIÓN IZTAPALAPA, D.F.

—¿Quién es usted? —dijo el nuevo inquilino, poniéndose muy pálido y blandiendo el atizador (por si acaso) mientras apuntaba directamente al rostro de la figura—. ¿Quién es?

—No intente arrojarme ese atizador —respondió la figura—. Aunque me lo lanzase con la mayor puntería, pasaría a través de mí, sin encontrar resistencia, e iría a clavarse en la madera que tengo detrás. Soy un espíritu.

—Dígame, ¿y qué busca aquí? —dijo entrecortadamente el inquilino.

—Sepa que en esta habitación —respondió la aparición— se gestó mi desgracia, y la ruina de mis hijos



ANGÉLICA JAZMÍN GUTIÉRREZ FONSECA, 12 AÑOS, JALISCO

y la mía. En esta vitrina fueron acumulándose, durante años, los legajos de una demanda interminable. En esta habitación, cuando yo ya había muerto de pena y de esperanzas largamente postergadas, dos taimadas arpías se dividieron las riquezas por las que yo había estado pleiteando durante toda una vida plagada de estrecheces, y de las cuales, finalmente, ni un solo penique fue a parar a mis descendientes. Me dediqué a aterrorizarlas inmediatamente, claro está, y desde aquel día he merodeado por la noche (el único periodo durante el que puedo volver a este mundo) alrededor de los escenarios de mi prolongada miseria. Estos aposentos son míos: ¡márchese y déjeme en paz!

—Si insiste en aparecerse por aquí —dijo el inquilino, quien había conseguido reunir algo de valor y de presencia de ánimo mientras el fantasma pronunciaba su prosaico discurso—, le dejaré que lo haga con el mayor placer, pero antes me gustaría hacerle un par de preguntas, si usted me lo permite.

—Adelante —dijo la aparición severamente.

JUAN RAZIEL ROJAS CABELLO, 9 AÑOS, QUERÉTARO

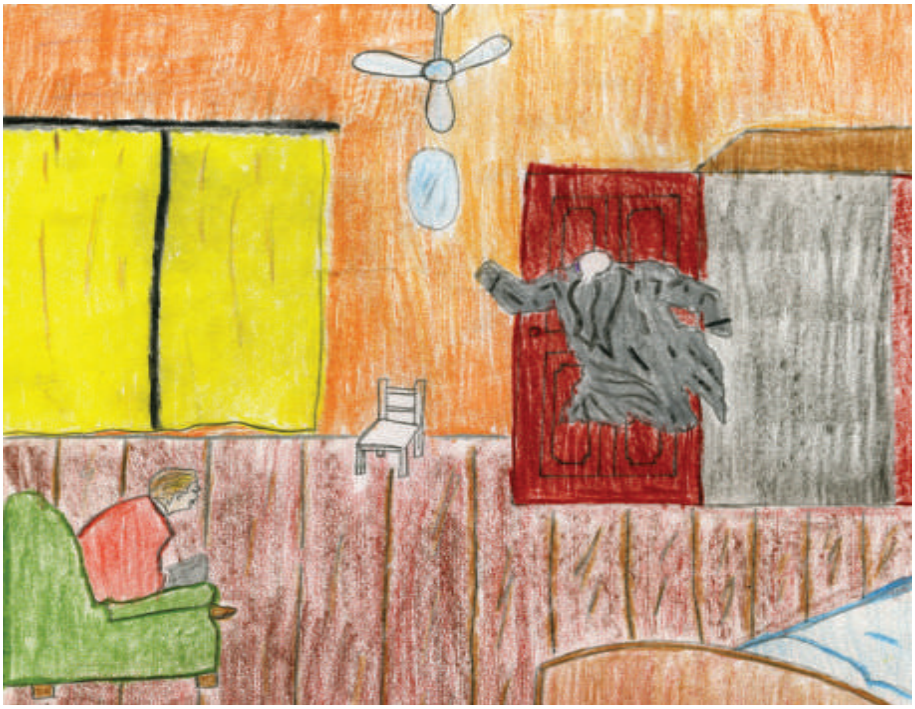
EDUARDO SERAFÍN ESPINOZA, 12 AÑOS, CHIHUAHUA

—Bueno —dijo el arrendatario—. No es que sea mi intención dirigir esta observación a usted en particular, puesto que es igualmente aplicable a la mayor parte de los fantasmas de los que he oído hablar, pero me resulta de algún modo inconsistente que, teniendo como ustedes tienen, la posibilidad de visitar los mejores parajes de la tierra (ya que supongo que el espacio no significa nada para ustedes), siempre insistan en regresar a los lugares donde justamente fueron más desgraciados.

—Ehhh… eso es muy cierto; nunca había pensado en ello antes —respondió el fantasma.

—Como puede usted ver, señor —continuó el inquilino—, ésta es una habitación de lo más incómoda y desangelada. Por el aspecto de esa vitrina, me atrevería a decir que no está del todo libre de insectos y demás sabandijas, y en realidad creo que, si usted se lo propusiera, podría encontrar aposentos mucho más agradables; por no hablar del clima tan desapacible que tenemos en Londres...

NAOMI VÁSQUEZ TRINIDAD, 11 AÑOS, OAXACA



BLANCA MARÍA VÁZQUEZ JAVIER, 11 AÑOS, TABASCO

—Tiene usted mucha razón, señor —replicó educadamente el espectro—. No me había dado cuenta hasta ahora. Creo que cambiaré de aires. —Y, dicho esto, comenzó a desvanecerse; es más, mientras decía esto sus piernas ya habían desaparecido casi del todo.

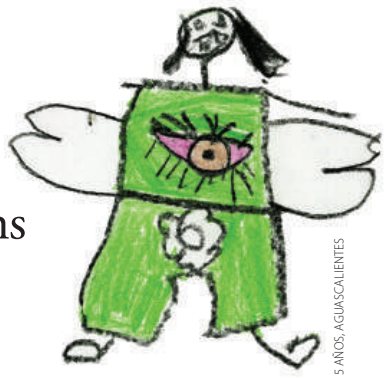
—Y señor —dijo el inquilino intentando llamar su atención antes de que se fuera definitivamente—, si tuviese usted la bondad de sugerirles a las otras damas y caballeros que se encuentran ahora ocupados en hechizar viejas mansiones vacías, que estarían mucho más a gusto en cualquier otro lugar, le prestaría usted un gran servicio a nuestra sociedad.

—Lo haré —respondió el fantasma ya con un hilillo de voz—; debemos de ser gente bastante aburrida, ahora que lo dice; es más, muy monótonos; no consigo imaginarme cómo podemos haber sido tan tontos.

Con estas palabras, el espíritu se esfumó y, cosa sorprendente, nunca más volvió a aparecerse a nadie.

MARIO OSORNIO CARRILLO. 6 AÑOS. ATIZAPÁN, ESTADO DE MEXICO

Semblanza de Charles Dickens



RENATA BALANDRAN GONZÁLEZ, 5 AÑOS, AGUASCALIENTES

El novelista inglés Charles Dickens (1812-1870), es uno de los escritores más conocidos de la literatura universal. En su extensa obra combinó con maestría el humor, la ironía, el drama y una aguda crítica a la sociedad de su época. Desde joven tuvo que mantenerse por sí mismo y aunque asistió algunos años a la escuela, la mayor parte de su educación fue autodidacta.

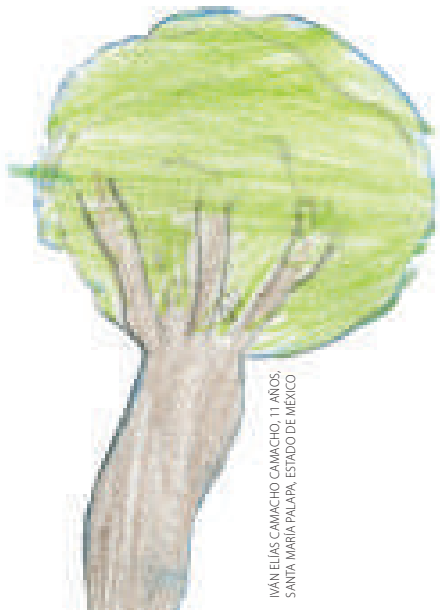
En 1827 consiguió un trabajo como pasante de abogado pero ya aspiraba a ser dramaturgo y periodista. Poco a poco consiguió ganarse la vida con lo que escribía: empezó redactando crónicas de tribunales para acceder, más tarde, a un puesto de periodista parlamentario y, finalmente, bajo el seudónimo de Boz, publicó una serie de artículos inspirados en la vida cotidiana de Londres, *Esbozos por Boz*, que dieron lugar al folletín *Los papeles póstumos del Club Pickwick,* lo cual sería el inicio de su exitosa carrera como escritor. La publicación por entregas de prácticamente todas sus novelas creó una relación especial con su público, sobre el que llegó a ejercer una importante influencia.

Hombre de enorme energía y talento, además de escribir se dedicó a otras muchas actividades. Fue editor de los semanarios *Household News* y *All the Year Round*, administró una compañía teatral así como asociaciones caritativas, y luchó en favor de las reformas sociales, los derechos sobre la propiedad intelectual y en contra de la esclavitud.

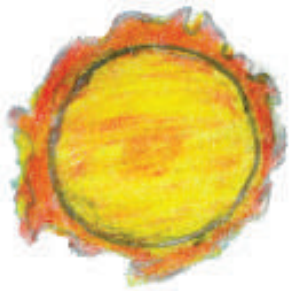
En 1843 publicó *Canción de Navidad*, que se convirtió rápidamente en un clásico de la narrativa infantil, que junto con obras tan conocidas como *Oliver Twist, David Copperfield* y *El guardavía*, dan cuenta de su proverbial inventiva.

Identificación de imágenes

Miguel Ángel Abraján Dircio, 11 años, Guerrero, pág. 49
Carlos Aguillón Adame, 11 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 20
Yael Oswaldo Amézquita Roa, 7 años, Atizapán, Estado de México, pág. 73
Irma Anaya, 9 años, Sinaloa, pág. 24
Areli Yazmín Andrade Sandoval, 11 años, San Luis Potosí, pág. 17
Fabiola Aragón Arana, 9 años, Sinaloa, pág. 29
Aarón Israel Aranda Islas, 8 años, Delegación Iztapalapa, D.F., págs. 5, 104
Ana Victoria Arellano Plascencia, 6 años, Aguascalientes, pág. 57
María Josselyn Arjona Camargo, 10 años, Chiapas, pág. 101
Angélica Atienzo Escobosa, 11 años, Baja California Sur, pág. 12
Renata Balandran González, 5 años, Aguascalientes, pág. 109
Iker Jared Balderas Morales, 7 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 33
Ariadna Michell Balderrama Luna, 8 años, Tabasco, pág. 48
Samanta Becerril López, 5 años, Delegación Álvaro Obregón, D.F., pág. 8
Luis Eduardo Bedolla Estrada, 11 años, Guanajuato, pág. 98
Martín Gerardo Brito Carrasco, 11 años, Chihuahua, pág. 32
Iván Elías Camacho Camacho, 11 años, Santa María Palapa, Estado de México, pág. 110
Aura Rocío Cano Morales, 11 años, Guanajuato, pág. 102
Miguel Carmona Cortés, 7 años, Delegación Tlalpan, D.F., pág. 16
Ana Guadalupe Carrillo Rodríguez, 6 años, Colima, pág. 29
Eduardo Contreras, 10 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 1
Itzel de los Ángeles Contreras Salcedo, 10 años, Baja California, pág. 37
Rael Uziel Corrales Gutiérrez, 9 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 59
Bernardeth Correa Romo, 6 años, Zacatecas, págs. 35, 72
Monserrat Guadalupe Cortez Palomo, 11 años, San Luis Potosí, pág. 28
Yudah Díaz Alemán, 11 años, Chihuahua, pág. 55
Judith Valeria Díaz Castillo, 10 años, Chihuahua, pág. 84
Carlos Jacobo Elnecavé Hermosillo, 11 años, Chiapas, pág. 18
Sara Naomi Escalona Martínez, 9 años, Chiapas, pág. 22
Lucrecia Escartín Murillo, 11 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 52
Eduardo Serafín Espinoza, 12 años, Chihuahua, págs. 88, 94, 106
Óscar Mariano Franco Nuño, 12 años, Atizapán, Estado de México, pág. 10, portada
Ana Alicia González López, 10 años, Hidalgo, pág. 70
Paula Gutiérrez Contreras, 8 años, Delegación Coyoacán, D.F., pág. 14
Angélica Jazmín Gutiérrez Fonseca, 12 años, Jalisco, pág. 105
Yessica Guzmán Guzmán, 11 años, Guanajuato, págs. 89, 90, 96
Cristian Hackleen Escárcega, 11 años, Chihuahua, pág. 28
Gisselle Ariadne Hernández Aguilera, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 46
Ameyalli Hernández Badillo, 11 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 17
Yhannih Yhoalibeth Hernández Esteban, 8 años, Tabasco, pág. 15
Rebeca Kanti Hernández Tizatl, 10 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 85
Israel Francisco Huerta Abarca, 8 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 67
Manolo Izquierdo Castillo, 12 años, Tabasco, pág. 6
Jonathan Uriel Jiménez Cortés, 12 años, Morelos, pág. 92
Araceli Judith Jiménez Flores, 11 años, Delegación Tlalpan, D.F., pág. 11
Samuel Alejandro Juárez Campos, 11 años, Durango, págs. 27, 45
Mónica Lazalde Hernández, 9 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 14
Isaac León Félix, 10 años, Sinaloa, pág. 51
Marco Antonio Leyva Suárez, 11 años, Tabasco, pág. 41
Jazmín Esmeralda López, 11 años, Nayarit, pág. 68
Stephanie López Guzmán, 11 años, Guanajuato, pág. 37
Heriberto López López, 10 años, Guanajuato, pág. 12
Esmeralda Lugardo Valerio, 11 años, Hidalgo, pág. 63



IVÁN ELÍAS CAMACHO CAMACHO, 11 AÑOS, SANTA MARÍA PALAPA, ESTADO DE MÉXICO



CÉSAR RAMOS CRUZ, 12 AÑOS, OAXACA

María Luisa Machain García, 12 años, Baja California, pág. 102
Eri Andrea Maya Franco, 12 años, Atizapán, Estado de México, págs. 76, 77
Ángel Iván Mena Romero, 10 años, Yucatán, pág. 27
Juan Carlos Miranda Novelo, 11 años, Yucatán, pág. 32
Riggel Montaño Lazo, 9 años, Oaxaca, pág. 2
Carlos Roberto Monterroso Méndez, 6 años, Zacatecas, pág. 36
Roberto Carlos Morales Mariano, 10 años, Guerrero, pág. 31
Jonathan Moreno Cruz, 12 años, Atizapán, Estado de México, pág. 31
Mirian Yanexi Moreno Peña, 8 años, Colima, pág. 26
Leonardo Raúl Mota Colín, 10 años, Delegación Cuauhtémoc, D.F., pág. 34
Javier de Jesús Navarrete Sagaste, 10 años, Sinaloa, pág. 18
Pablo Emilio Nopala Abrin, 12 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 97
Carlos Orlando Ochoa Márquez, 11 años, Chihuahua, pág. 19
Reynaldo Jaír Olivares Escudero, 11 años, Veracruz, pág. 3, contraportada
Roxana Jimena Olvera Carrillo, 12 años, Nayarit, págs. 56, 58, 65, 66, contraportada
Brianda Dennis Olvera Villanueva, 11 años, Morelos, pág. 81
Karla Valeria Ornelas Pérez, 11 años, Veracruz, pág. 25
Mario Adrián Ortega, 8 años, Hidalgo, pág. 15
Ariadna Dayanira Ortiz Galván, 10 años, Delegación Iztapalapa, D.F., pág. 53
Danna Paola Osorio González, 9 años, Yucatán, pág. 40
Mario Osornio Carrillo, 6 años, Atizapán, Estado de México, pág. 108
Helder Bernardo Padilla, 11 años, Oaxaca, pág. 13
Iván David Palacios Tirado, 9 años, Delegación Iztacalco, D.F., pág. 61
Reyna Pelayo Olvera, 12 años, Nayarit, pág. 57
Itzel Donají Pérez García, 12 años, Tabasco, pág. 4
Michelle Adimaris Ramírez Trejo, 7 años, Delegación Cuauhtémoc, D.F., pág. 23
César Ramos Cruz, 12 años, Oaxaca, págs. 7, 111
Hanniel Eliezer Reyes Martínez, 9 años, Oaxaca, pág. 25
Anier Rico Chávez, 12 años, Delegación Tlalpan, D.F., pág. 112
María Guadalupe Rincón Díaz, 9 años, Querétaro, págs. 69, 74, 82, 83
Leonardo Rodríguez Godoy, 9 años, Delegación Miguel Hidalgo, D.F., pág. 62
Stephanie Joselin Rodríguez Hernández, 10 años, Atizapán, Estado de México, pág. 79, 80
Juan Raziel Rojas Cabello, 9 años, Querétaro, pág. 105
Fátima Ruano Mancines, 6 años, Delegación Cuauhtémoc, D.F., pág. 7
Jairo Daniel Salvador Cruz, 11 años, Hidalgo, pág. 42
Juan Luis Sánchez Guevara, 12 años, San Luis Potosí, pág. 50
Azul Ximena Sánchez López, 10 años, Tlalnepantla, Estado de México, pág. 64
Andrés Sánchez Reséndiz, 9 años, Querétaro, pág. 30
Melisa Santacruz Cruz, 10 años, Guanajuato, pág. 111
Paulina Sariñana, 9 años, Durango, pág. 38
Rubí Segoviano Godínez, 11 años, Guanajuato, pág. 30
Luis Gerardo Silvano Sánchez, 8 años, Tabasco, págs. 39, 44
María Andrea Solano Olivera, 10 años, Colima, pág. 9
Paola Judith Tavera Mendoza, 12 años, Guanajuato, págs. 86, 91
Renata Tinoco Bosch, 6 años, Biblioteca Vasconcelos, D.F., pág. 103
José Jesús Toledo Castro, 11 años, Chiapas, pág. 47
Luz Edith Ulín Ruiz, 9 años, Tabasco, pág. 71
Wendy Karina Valencia Pérez, 10 años, Michoacán, pág. 33
Naomi Vásquez Trinidad, 11 años, Oaxaca, pág. 106
Itxel Guadalupe Vázquez, 12 años, Baja California, pág. 100
José Félix Vázquez Becerra, 11 años, Jalisco, pág. 60
Blanca María Vázquez Javier, 11 años, Tabasco, pág. 107
Samuel Vázquez de Jesús, 6 años, Delegación Álvaro Obregón, D.F., pág. 7
Érick Jonathan Velázquez Maqueda, 7 años, Querétaro, pág. 50
Vanessa Lisbeth Vega Pérez, 8 años, Michoacán, pág. 75
Rodrigo Villarreal Nophal, 9 años, Delegación Iztacalco, D.F., pág. 54
Karoline Estefanía Zárate Delval, 10 años, Baja California Sur, pág. 21

MELISA SANTACRUZ CRUZ, 10 AÑOS, GUANAJUATO

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Consuelo Sáizar
Presidenta

Raúl Arenzana Olvera
Secretario Ejecutivo

Roberto Vázquez Díaz
Secretario Cultural y Artístico

Fernando Álvarez del Castillo
Director General de Bibliotecas

Relatos de misterio y suspenso: Charles Dickens para niños

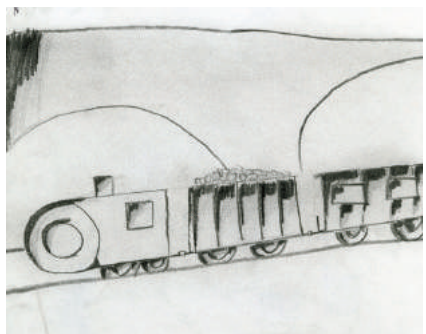
Beatriz Palacios
Edición y coordinación

Natalia Rojas Nieto
Diseño y formación

Virginia Sáyago Vergara
Producción

Alma Leyrda Cárdenas García
Selección de textos

Lourdes Domínguez
Selección de dibujos



ANIER RICO CHÁVEZ, 12 AÑOS, DELEGACIÓN TLALPAN, D.F.

Los textos incluidos en este libro "Historias de fantasmas" y "El letrado y el fantasma", proceden de *Para leer al anochecer: Historias de fantasmas,* trad. Marian Womack y Enrique Gil-Delgado, Impedimenta-Conaculta, y los cuentos restantes fueron tomados del sitio web Biblioteca Digital Ciudad Seva.

Relatos de misterio y suspenso: Charles Dickens para niños
se terminó de imprimir en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA),
en diciembre de 2012. La edición consta de diez mil ejemplares.

El novelista inglés Charles Dickens (1812-1870), autor de títulos como *Canción de Navidad, Oliver Twist* y *El guardavía*, que se han convertido en clásicos de la narrativa infantil e incluso de la cinematografía mundial, es uno de los escritores más conocidos de la literatura universal, en cuyas obras combina con maestría el humor, la ironía, el drama y una aguda crítica a la sociedad de su época.

En las páginas de este volumen, el lector podrá disfrutar de algunas historias de Dickens, llenas de misterio y personajes sobrenaturales, ilustradas magníficamente por 110 niños de 5 a 12 años de edad, como resultado de los talleres de lectura y dibujo realizados con motivo del bicentenario natal de Charles Dickens, en las bibliotecas públicas de 24 entidades del país.